

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADEMICO

DE

1985 a 1986

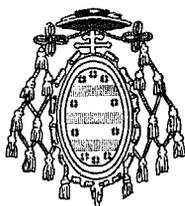
FOR EL DOCTOR

D. TEODORO LOPEZ-CUESTA EGOICHEAGA

CATEDRATICO

DE

**ECONOMIA POLITICA Y
HACIENDA PUBLICA**



OVIEDO

GRAFICAS SUMMA, S. A.

Polígono Industrial de Silvota

1985



Depósito legal: O. 1.663-1985.

GRAFICAS SUMMA, S. A. Polígono Ind. de Silvota. OVIEDO

Excmo. Sr. Rector.

Excmo. Sr. Presidente del Principado.

Excmos. Sres.:

Claustro Universitario:

Nuestro discurso he querido consagrarlo a entender y desentrañar el mundo de las ideas y de los sentimientos de la Universidad de hace cien años. Es una aventura que se inicia hace un siglo, en el año de 1883. Un año muy significativo para los economistas. Porque es un año en que nacen Schumpeter y Keynes, muere Carlos Marx, finaliza el único curso de Economía que explicó el catedrático de Economía Leopoldo Alas, y, a nuestros efectos, el año en que se incorporan a Oviedo Leopoldo Alas Ureña y Adolfo Posada.

Era el año en que comenzaba una nueva época. En mi análisis no quiero entrar en el mundo de los hechos, sino, en el mundo de las ideas. Los hechos pasan y se hacen historia, pero las ideas permanecen y hacen la historia.

Porque creo con Laín («España como problema», pág. 307), que los historiadores,

«han atendido más a los sucesos históricos, que pasan y se pierden, que a los hechos subhistóricos, que permanecen y van estratificándose en profundas capas...»

Ofrezco en estas páginas mi homenaje a unos universitarios que abrieron un camino de servicio, de tolerancia, de apertura y de entrega a los valores más auténticos y verdaderos y que han hecho historia en la ya larga y difícil historia de la Universidad.

INTRODUCCION:

**El krausismo
La Institución Libre de Enseñanza**

En el Curso de 1944/45 finalizaba los estudios de la Licenciatura. Aquel mismo año de 1945 iniciaba una colaboración académica gracias a un queridísimo maestro de esta Casa. Era, es, don Luis Sela Sampil.

Se cumplen, pues, cuarenta años de vinculación, rota por motivaciones no precisamente académicas, durante, afortunadamente para mí, poco tiempo y de las que no quiero acordarme.

Si en tan largo lapso de tiempo a un profesor sólo puede ofrecerse la oportunidad de ocupar esta Cátedra en una sola ocasión, faltaría a los más elementales deberes de hombre y de universitario si no tuviera en este acto un recuerdo para quienes fueron maestros y guiaron mis pasos hacia esta andadura Universitaria.

Al primer maestro de esta casa a quien conocí, cuando estaba aún muy lejos de poder iniciar los estudios universitarios, fue a don Leopoldo Alas García-Argüelles. Mi conocimiento, por el momento y por la ocasión, fue importante en lo humano y en lo personal que trascendió, en el recuerdo y en lo emocional, en decisiones que se adoptan y se tarda en descubrir cómo pudieron nacer.

En una ciudad pequeña, familiar diríamos, dentro del medio en que cada uno puede moverse, hay relaciones en que resulta evidente la vinculación del alumno con su entorno familiar, aun cuando, como en mi caso, durante todo mi paso

como alumno, estas relaciones se basarán únicamente en connotaciones del pasado; y en un nombre y unos apellidos muy conocidos que habían logrado un respeto, del que me siento orgulloso, y que yo quise unir como respuesta de una mínima gallardía hacia quien no estuvo cerca de mí en los momentos en que un joven más precisa del consejo de un padre.

En este sentido, cómo no recordar a quienes me examinaron de ingreso en la Universidad. Aquella prueba que se llamaba examen de Estado, quizás porque fue la primera vez que el Estado ponía inicial barrera al ingreso en los estudios superiores. Recuerdo que en una pregunta del profesor Per-tierra, creyendo que seguiría los estudios de Medicina, añadió a mi respuesta: «esto llegarás a saberlo con mucha más profundidad cuando termines la carrera». No pude hacer buena esta premonición de seguir los caminos familiares.

Quedó grabado en mi mente el gesto, que hasta entonces creía severo y serio, de don José María Serrano que presidía el Tribunal que juzgaría los premios extraordinarios de aquella convocatoria, y su talante real humano, irónico siempre y cordial hacia los examinandos.

Nunca olvidé aquellas escenas en que ingresaba en la Universidad. En la Licenciatura tuve estupendos profesores. Otros no tanto y de cuyo nombre tampoco quiero acordarme.

Estaba encargado de Economía un gran profesor, extraordinariamente inteligente y que no hizo el esfuerzo que la vida exige para alcanzar otras cotas que las que uno consigue en la propia estimación: me refiero a don José Zaloña Bances.

En Derecho Romano tuve la fortuna de contar con el Magisterio de un excelente profesor, don Benjamín Ortiz. Siento hacia su figura un profundo respeto. Asimismo lo conservo de don Sabino Alvarez Gendín. En mis sentimientos, por razones muy íntimas de unas fechas muy difíciles, incluso trágicas, si es que la muerte justifica este apelativo, se mezclan muchas cosas, pero he tenido que agradecer al hombre, más que al Rector, ¡tantas cosas! que predomina un sentimiento entrañable y cordialísimo hacia él. Todo, dentro

de los órdenes personales, porque, en los académicos, Oviedo le debe el que la Universidad de Valdés Salas no hubiera desaparecido.

Tuve un excelente Maestro en Mercantil, sólo impartió dos cursos. Reingresaba por Oviedo y volvió al cabo de estos dos años a la Granada de la que había sido desplazado. Era don Emilio Langle.

En 1944 llegó don Valentín Andrés Alvarez. Yo había cursado ya Economía. Asistía a sus clases. El recordaba, en conversaciones inolvidables, sus relaciones con mis padres en Grado. Don Valentín fue un conversador excepcional. ¡Qué puede decir uno de su maestro! Tuve, además, la fortuna y el honor de poder decirlo públicamente en tantas ocasiones, que la emoción que tengo en el recuerdo es suficiente para expresar mi cariño y mi agradecimiento.

No fue mi profesor, pero le venero como a otro Maestro, don Ramón Prieto Bances. A su reingreso en la Cátedra se le destina a Santiago de Compostela, cuando se levanta la prohibición para regresar a la de origen, Oviedo, ocupa la misma don Ignacio de la Concha. Don Ignacio tiene un comportamiento de universitario ejemplar, pide el traslado, se marcha a Salamanca y deja a don Ramón su Cátedra de Oviedo. Es un gesto que merece el más cálido de los homenajes, que yo hoy me honro en proclamar.

Con don Ramón he pasado tantas veladas. Desde aquellas en el piso de don José Prieto Alvarez Buylla, notario, pero que por motivaciones, no precisamente de la carrera, tenía diversas actividades muy alejadas de la Fé Pública. En ellas se reunían diversas personas para hablar con «libertad». Era entonces nuestro compañero don Carlos Prieto González un jovencísimo estudiante de bachillerato. Aquellas reuniones eran clases privilegiadas. Cuando el señor Prieto A. Buylla reingresa en el Notariado las pude continuar en el edificio que don Ramón tenía en San Bernabé. Relación que tuve la fortuna de mantener hasta su fallecimiento, que tanto lloró esta Universidad.

Qué decir de don Luis Sela de cuya mano ingresé y

reingresé en el Profesorado de esta casa. Que me encaminó definitivamente hacia la economía, y a don Valentín Andrés. Don Luis dirigió mi Tesis, prologó la publicación de la misma. Me hizo europeísta y como personajes Barojianos me hizo partícipe de «reuniones nefandas» donde hablábamos de Europa. Que entonces era una ilusión y hoy parece un problema.

Estas pinceladas, necesariamente rápidas, deben un recuerdo por ejemplo, a don Ramón Ruiz de Villa, a don Guillermo Estrada, a don Fernando Valdés Hevia con quien compartí la Cátedra tantos años y a don Valentín Silva, excelente profesor y que era, posiblemente, el mejor orador que tenía la Universidad de entonces.

Aquella Universidad tenía una connotación singular. Las fechas no pueden ocultar cuál era el «signo de su tiempo», pero existía un clima distendido y, sobre todo, no se ocultaba a los ojos de los alumnos ni a su inquietud intelectual cosas, hechos, opiniones que creaban «algo» difícilmente comparable a lo que se respiraba en otros ambientes sociales de la ciudad y del país.

Escuchamos muchas veces hablar a don Benjamín Ortiz del Rector Alas Argüelles. Y hablar con un respeto y con una consideración personal y con un elogio de sus valores que únicamente en estos muros era posible entonces realizar. Como el análisis de nuestra historia que realizaba el profesor Quirós, muerto durante el transcurso de mi primer año académico y que daba una interpretación que contrastaba con la oficialista y que a nosotros, los alumnos del preparatorio de Derecho, nos parecía como una revelación y como una contribución a un conocimiento por más real y más sincero, capaz de hacer sentir la historia como algo vivo, y, por serlo, mostrando virtudes y defectos que nos hace posible sentirnos más ligados con el legado de nuestra propia historia.

A través de la Licenciatura y de los primeros años de aprendizaje universitario fui descubriendo raíces renovadoras. Un *espíritu*, que don Ramón Prieto Bances iniciaba en un campo más remoto de la historia, pero que en definitiva

radicaba en las acciones de un *grupo* que había luchado por una Universidad y por una novación de los campos culturales y sociales del país.

Me refiero a aquella Universidad del final del XIX y comienzos del XX, como la Extensión Universitaria, que intentaron ser revividas desde el Rectorado del profesor Fernández Miranda, en mi época inicial en el profesorado.

No voy a entrar en análisis de este recuerdo de la Universidad ovetense de post-guerra hacia su «otra Universidad» que era denostada, condenada en el campo oficial. Esta actitud de la Universidad de Oviedo tenía su valor, aún cuando en la presentación de esta «Extensión» hubiera repetición de las cantinelas condenatorias a las personas y a su pensamiento. Nacida con estos condicionamientos, duró muy poco tiempo, porque no existía «clima» en el propio Claustro de la Universidad. De todas formas debo señalar lo intentado por el profesor Fernández Miranda que tuvo decisiones de espíritu mucho más liberal de lo que en aquellas fechas se podían esperar de un Rector, como fue, por ejemplo, el autorizar el primer Instituto de Estudios Europeos que existió en una Universidad del Estado. Iniciativa debida al profesor Sela.

Estas pinceladas, más bien toscos brochazos quieren ser «expresión» del ambiente, que se sentía entre los viejos profesores y los nuevos que se iban incorporando a esta Universidad de Oviedo. Por fuerte que sea una presión, las fuerzas que han generado un «espíritu» afloran siempre. Y este «espíritu» nos enseñó a amar una Universidad, permitidme que la llame «UNIVERSIDAD DE CLARIN», que si por el lado oficialista seguía siendo condenada, por otro lado era recordada y venerada.

En realidad constituía, de hecho, una época realmente excepcional en la que una Universidad de provincias se había constituido en antorcha que iluminó, por unos años, el panorama cultural español.

De esta época, de sus hombres, quiero hablar en este discurso, que desea ser una personal aportación al centenario de un momento clave de aquel movimiento renovador.

* * *

Este movimiento respondía a una comunión en el planteamiento de los problemas y en cómo se postulaba la solución de los mismos.

La regeneración de un país bien sabían que era tarea imposible para un «grupo», que, además, bien conscientes eran de que marchaba contra corriente.

La época era de una singular gravedad. Se acercaba el momento en que los territorios ultramarinos, los últimos restos de nuestras colonias, habrían de alcanzar la independencia.

La situación en el interior era de crisis humana y económica. En las viejas colonias se daba el acto paradójico de que quienes solicitaban la independencia eran en realidad de origen español ya por nacimiento o por descendencia.

Por otra parte personas de la misma realidad de sangre retornaban a España con sus capitales. Mientras España liquidaba el famoso Presupuesto de Villaverde las riquezas que hacían posible esto empobrecían a los países ultramarinos donde se habían generado.

De otro lado en España se producían las primeras convulsiones de unos procesos irreversibles: de un lado una industrialización que nos llegaba con retraso, como casi siempre, y de otro el nacimiento de un movimiento obrero bajo la bandera, entonces prácticamente única, del partido socialista.

Estas dos claves son fundamentales en cualquier análisis que se intente hacer de esta época.

Todo ello tenía que afectar, poderosamente, a los universitarios. Y, cuando un problema de esta naturaleza, es asumido por un Claustro, tal postura constituye para la España de entonces algo inusual y de extraordinaria importancia. Hasta tal punto de que se le dio un nombre al grupo y a su posición. Fue el «grupo» de Oviedo y el «movimiento» de Oviedo.

En realidad nuestra Universidad se convirtió en algo

distinto de lo que los poderes públicos entienden que es una Universidad para convertirse en lo que *debe* ser una Universidad; transmisora de saberes, instrumento de acción social, vocera de una conciencia que el país quiere mantener silenciosa, considerando que la «paz» puede apoyarse en la *fuerza* que ahogue a toda voz que pida justicia que solicite educación y cultura y que proclame la existencia de un derecho que ampare a todos por igual.

Si todo ello se hace desde la fuerza inmensa que da la razón expuesta desde la moderación, que no quiere decir exenta de firmeza, desde la autoridad que da el «saber», que también implica el conocimiento de la situación de la sociedad en que se vive, y si se hace sonar esta voz desde una INSTITUCION que ellos supieron hacer respetable, bien podrá comprenderse que la Voz de la Universidad de Oviedo tuviera resonancia en toda España.

* * *

Mucho se ha escrito sobre las realizaciones de la Universidad ovetense, pero muy poco sobre el porqué y cómo nacieron. Qué les empujó a los universitarios de esta Casa para actuar como actuaron y para constituir en lo fundamental, en lo universitario, un grupo tan compacto, cuando en realidad partían de ideologías muy diferentes, de formaciones distintas en los esquemas políticos de entonces y de posturas radicales en cuanto a la forma del Estado. Los unía, de manera fundamental, su responsabilidad de claustres de una vieja y no muy favorecida Universidad, tan pequeña en aquellas fechas que se basaba en una única Facultad a la que se unían disciplinas de Filosofía y Letras, que constituían el preparatorio de Derecho.

Algo hemos dicho sobre cuáles eran las circunstancias generales que afectaban a nuestro país.

Pero hemos omitido un factor que interesa mucho a nuestro propósito: la situación cultural en España:

En 1845 la tasa de analfabetismo era del 80 %,

en 1877 del 72 %,

en 1887 del 68 %.

En España existían 22.711 escuelas públicas y privadas en 1870,

en 1880 aumentan en 421,

en 1863 existían 173 alumnos de segunda enseñanza por cada cien mil habitantes, es decir, un total de unos ventisiete mil alumnos,

en 1880 la proporción era de 189, con un total de unos treinta y dos mil alumnos,

en 1900 doscientos alumnos, con un total de unos treinta y siete mil (1).

En Asturias en el presente curso hoy están cursando el Bachillerato y el Curso de Orientación Universitaria 37.601 alumnos.

Para tener una idea más concreta de las relaciones diremos:

En 1983 la población española superaba en muy poco los quince millones seiscientos mil habitantes,

en 1880 los diez y siete millones, y en

1900 los diez y ocho millones seiscientos mil.

Estos datos son lo suficientemente expresivos para evitar todo comentario. Los datos con relación a otros países europeos nos muestran un notabilísimo retraso en la Instrucción Pública.

Posiblemente convenga recordar unas frases de don Francisco Giner cuando se refiere al panorama cultural español en los años 1860-70.

«Los diez años que van del sesenta al setenta —si cabe fijar límites tan arbitrarios— son un despertar de la vieja modorra al murmullo del moderno pensamiento europeo y a los proble-

(1) Blasco Carrascosa, Juan Angel, «Un pequeño arquetipo pequeño-burgués». (Teoría y praxis de la Institución Libre de Enseñanza. Edit. F. Torres Valencia 1980, pág. 112). Cita en su texto a Eloy Fernández Clemente y a Carlos Forcadell que publicaron estos datos en un estudio de la Revista *Historia y Vida*.

mas y nuevos postulados de su filosofía: todo ello —es cierto— velado en una dolorosa ignorancia y cortedad de alcances. Desde entonces, y a pesar de tantos esfuerzos en contrario, más o menos ininteligibles, pero enérgicos, y aún a veces sinceros, no ha sido ya posible contener las aguas de este pobre río, pobre y todo como es, de la atropellada cultura española» (2).

Este panorama que se debe unir a la estructura de la sociedad, donde comienza a reflejarse una manera, diríamos que agresiva, el desequilibrio de las rentas y por tanto de los niveles de vida. Y existe un contraste que conviene destacar. En esas fechas, digamos en derredor de los setenta, comienza una vigorosa reacción del pequeño mundo intelectual español. Queremos dar al término intelectual su verdadera significación. No todo el que podría llamarse intelectual usaba el intelecto como valor al servicio del interés general. Predominaba en muchos una preocupación excesivamente conservadora que negaba a su labor, como tal, la mínima idea de servicio y mantenían una actitud antisolidaria contra todo aquello que no constituyera su «entorno».

Por el contrario, esta reacción a la que queremos referirnos, y que *asimismo* constituían «grupo», tenían una profunda preocupación por todo lo que sucedía precisamente fuera de su «grupo».

La modorra conformista, que pronto habría de rebelarse en España, como dejamos indicado, destaca a personalidades inquietas y preocupadas por su patria.

Esta situación queda perfectamente configurada en unos versos de Leopoldo Alas que publica en «El Solfeo» en 1877 (número 586, ventiuno de junio).

Es el momento de dominio político de Cánovas. La situación la define así:

La oposición se calla - la rinde el sueño;
la opinión no batalla - ceja en su empeño;
el país no se agita - se desespera;

(2) Blasco Carrascosa, obra citada, pág. 96.

y la chusma no grita - ¡todo bosteza!
¡Oh, qué bien que se manda - cuando hay modorra!
Contra la propaganda - tengo la porra;
y si algún miserable - foliculario
encuentra censurable - y autoritario
este poder tremendo - que los gobierna
que le suelte algún Mendo la ley interna.

Contra esta apatía «nacional» había escrito ya Alas en el mismo «El Solfeo», en un artículo en el que denunciaba el Gobierno de Cánovas.

Nos hemos referido a la existencia de un grupo significativamente preocupado por la situación de España. No quiero negar la «preocupación» de otros colectivos. Todos podemos estar preocupados, ciertamente, lo que difiere es el «cómo» y el «porqué».

Si nos referíamos anteriormente a cómo Giner señalaba un despertar intelectual entre los sesenta y los setenta, son precisamente los años en que se desarrolla la idea Krausista, pudiendo decir que es precisamente en el año 1860 el año fundamental del krausismo en España.

Sigamos a Cacho Viú en esta concreción:

«Varios acontecimientos tienen lugar en este año (1860). Empieza a funcionar el círculo filosófico de la calle de Cañizares, que continúa en cierto modo las reuniones, interrumpidas años atrás, de la calle de la Luna. Aparece el «Pensamiento Español», diario de la tarde, perteneciente a los tradicionalistas impugnadores del Krausismo. Y, sobre todo, ven al fin la luz pública dos de las obras de Krause, en cuya adaptación venía trabajando Sanz del Río desde los días de Illescas: la primera parte del «Sistema de la Filosofía» y el «Ideal para la Humanidad»... Entre 1860 y 1870 va a transcurrir el período de máximo empuje intelectual del krausismo español» (3).

Debemos seguir en la cita de la obra de Cacho y Viú.

(3) Cacho y Viú, Vicente, «La Institución Libre de Enseñanza». Ediciones Rialp. Madrid 1962, pág. 72.

Al referirse al segundo de los libros citados, es decir el «Ideal de la Humanidad» afirma Cacho (4):

«Las interpretaciones filosóficas en él contenidas orientan la renovadora labor universitaria de los krausistas y potencian su influencia en el pensamiento español. Entender –o intentar entender– aquel *ideal* es imprescindible si se quiere comprender a fondo las peculiaridades de esta empresa intelectual, y la razón de ser de muchos intentos renovadores».

Hasta qué punto este libro apasionó durante décadas a muchos intelectuales españoles queda reflejado en este comentario de don Fernando de los Ríos:

«El *Ideal de la Humanidad* HA SIDO EL LIBRO DE LAS HORAS DE VARIAS GENERACIONES ESPAÑOLAS» (5).

¿Era realmente la obra de Sanz del Río la expresión de un sistema filosófico? ¿Constituía, más bien, el enfoque de una forma de vida y de pensamiento?

Lo que sí era cierto es que la España de su tiempo precisaba de un ideal.

Para poder entender, como afirma Cacho y Viú en la cita que acabamos de reproducir, el pensamiento renovador y las bases filosóficas en que fundamentan sus acciones los hombres de la Institución, se hace necesario puntualizar alguno de los pensamientos, de los postulados de la obra de Sanz del Río:

El Hombre representa la base de toda evolución. Es antes el hombre que cualquier otro propósito...

«que se deba ensayar inmediatamente como pretenden las teorías de la reforma social, olvidando la historia presente, es decir, EL HOMBRE MISMO POR REFORMAR».

Esta idea fundamental nos puede explicar muchas actitudes de la Institución y tiempo tendremos de volver sobre la

(4) Ob. cit. pág. asimismo 72.

(5) Ríos Fernando de los, «La Filosofía del Derecho en don Francisco Giner». Edit. Biblioteca Corona. Madrid 1916, pág. 29 nota 1. Esta cita la reproduce en su libro Cacho y Viú.

misma. Otros principios básicos de Sanz del Río son, EL DERECHO y la MORAL.

Con relación al Derecho, señala:

«Es la recíproca y exigible condicionalidad para el destino humano».

y, añade, que el cumplimiento del derecho debe ser asumido por el hombre como un modo de sentir...

«Sólo donde falta o está viciado el sentido moral, donde no reina la voluntad racional, está suplida esta falta por un Estado y Ley coercitivos, como medio *temporal* de encaminar las fuerzas morales, incultas o viciadas, del pueblo».

Lógicamente este concepto del Derecho, donde los valores éticos autoimponen la conducta por encima de las formas coercitivas que estima supletorias, tiene que unirse a su concepto de la Moral,

«aquel bello hábito que lo lleva a ordenar toda su vida, según una voluntad constante y racional» (6).

Esta responsabilidad personal de conducta, que se forma e integra dentro de los órdenes de valores en los que el hombre vive, nos llevarían en el ideal de Sanz del Río a una forma de vida del individuo

«en forma de Estado, moral, religión y libre comercio social, y entendiendo bien su historia pasada curará ella misma por la fuerza de su salud todos los males que hoy todavía tuercen y cortan el camino de la vida, la guerra y el despotismo, la injusticia y el egoísmo, la indiferencia y el escepticismo... Florecerá entonces la tercera edad humana».

Han quedado sucinta, pero estimo que suficientemente perfiladas, las líneas donde se mueve el origen de un pensamiento renovador.

(6) En la obra que hemos citado de don Fernando de los Ríos, se formula por este profesor las relaciones entre Derecho y Moral, ya que ambos, afirma, abrazan todos los actos que tengan alguna trascendencia para el fin racional. Si recordamos la Tesis Doctoral de Leopoldo Alas, bien comprendemos la influencia de Sanz del Río no sólo en él, sino en sus Maestros «krausistas» cuando elige como tema las relaciones del Derecho y la Moral.

Pero desde las ideas del krausismo, hasta la Institución Libre de Enseñanza hay un tránsito que debemos analizar.

Este examen no excluye que las ideas las repasemos luego desde las que fueron mantenidas en esta Universidad, y analizar cómo sentían el krausismo y cómo vivieron su acción renovadora desde este grupo de Oviedo.

Y permítaseme un inciso antes de renovar el examen del «tránsito» que habíamos anunciado, el del *pensamiento* a la *acción*. Se debe a Luis Araquistain el señalar que,

«sorprende que buen número de los primeros krausistas y de los sucesores más importantes fueron oriundos de Andalucía, una tierra donde la cultura semita, árabe o judaica, echó hondas raíces.

Francisco de Paula Canalejas, Salmerón, Castelar, Federico de Castro, Giner de los Ríos son andaluces.

Sanz del Río nació en Castilla, pero a los diez años va a educarse a Córdoba y más tarde estudia Derecho en Granada...»

Pero la *acción* más efectiva en que iba a manifestarse de todo este ideario iba a ser en el Norte. Del «grupo», el más meridional sería Rafael Altamira, levantino.

El odio que despertó esta doctrina por tener alguno de los krausistas apellidos judaicos, dice Araquistain, puede explicar la reacción «oficial» que suscitó esta corriente de pensamiento (7).

Paradójicamente pues es en el Norte, precisamente en nuestra Universidad donde el pensamiento krausista, a través de variantes y peculiaridades específicas, conseguiría una acción más positiva.

Posiblemente además porque no suscitaba entre nosotros, siguiendo a Luis Araquistain, ningún recelo los apellidos judaicos que, según él, sólo suscitaba en el campo oficial y que afectaban a los discípulos de Sanz del Río.

(7) Tomo esta cita de la obra citada de Cacho y Viú, pág. 104, sin haber podido localizar la Revista que el mismo señala como lugar de la publicación del artículo de Araquistain sobre *El Krausismo en España*.

Los autores suelen agrupar a los discípulos de Sanz del Río no sólo desde el punto de vista temporal, sino desde la fidelidad mantenida a la doctrina del maestro.

A nosotros nos interesa únicamente referirnos al que se denomina «Grupo universitario».

En él, estaban los hombres que de alguna manera se mantuvieron en la línea de pensamiento de Sanz del Río y constituyeron el núcleo que van a perpetuar su ideario doctrinal con la fundación de la Institución Libre de Enseñanza. De cómo nació la Institución vamos a ocuparnos ahora.

1.º La primera cuestión universitaria

No pretendemos seguir los pasos de esta Fundación, ni en su cronología ni en cómo se realiza el proceso creativo. Nos interesa analizar, por sucintamente que sea, las causas que dan origen a la misma.

Recordemos que Giner señalaba el decenio del 60 al 70 como el año del despertar intelectual de España.

Podemos, pues, intentar el análisis únicamente desde el campo universitario, al que se une, de manera inevitable, connotaciones políticas de la época.

En los vaivenes de esta época no intervienen ninguno de los que habían de ser actores del grupo de Oviedo, pero sí les afectan en cuanto a lo que este decenio genera.

El primer planteamiento de la lucha por la Libertad de Cátedra, y que se viene conociendo bajo el nombre LA PRIMERA CUESTION UNIVERSITARIA, tiene su origen, en:

1.º El Concordato de España con la Santa Sede de 1851.

2.º La Ley Moyano, de 9 de septiembre de 1857.

El Concordato limitaba ciertamente las posibilidades de acción. Claramente sus postulados afirmaban una intervención de la Iglesia en la enseñanza. El Concordato podría considerarse como un contrapunto de la Reforma de Pidal,

apoyada en la Constitución de 1845, en la que se establecía una centralización y un predominio del sector civil en la enseñanza por lo que fue duramente atacada por los sectores conservadores del país.

Moyano, realiza una profunda reforma administrativa, organizativa, de la enseñanza. Prácticamente su reforma se mantendría en sus líneas maestras hasta la Ley Villar.

Por primera vez establece la enseñanza obligatoria hasta los nueve años y desde los seis, pero no exigía la escolaridad, ya que las enseñanzas podrían recibirse bien en escuelas públicas o privadas, bien en los propios domicilios de los niños. La Libertad de la Ley Moyano era puramente «administrativa». Bajo la Ley Moyano se establece la plena dependencia del Estado de las Universidades y de las escuelas especiales superiores.

Los textos de enseñanza deberían ser aprobados por el Gobierno, podrían ser inspeccionados por la Iglesia y para ser catedrático se exigía el título de Doctor. Los eclesiásticos, tenían título bastante para la enseñanza de conformidad con el Concordato.

Los ataques que recibían los profesores liberales por sus exposiciones en la Cátedra, es decir, por apartarse el contenido de las lecciones magistrales de textos aprobados, tenían como trasfondo, indudablemente, postulados de tipo religiosos.

Asimismo en la Ley Moyano existían una serie de normas que de conformidad, asimismo, con el Concordato, obligaban a no atacar la doctrina de la Iglesia Católica, que era la del Estado, con *doctrinas perniciosas*. (Artículo 170 de la Ley).

Por otro lado, el artículo 22 del Reglamento de Universidades del año 1859, que es al fin y al cabo la regulación de la Ley del 57, exigía que el juramento del profesorado contuviera una cláusula de clarísima concordancia con el referido artículo 170;

juro... «la defensa de la fe Católica, la fidelidad a la Reina y la obediencia a la Constitución de la Monarquía».

Estos principios y su posible «incumplimiento», motivan a una Real Orden de Alcalá Galiano, ministro de Fomento en el Gobierno «moderado» de Narváez, por las denuncias recibidas por las transgresiones continuas de las normas reguladoras de la Defensa de la Fe. (R. O. de 17 de octubre de 1864) (8).

La Centralización y el ser regladas la existencia y creación de Cátedras, hacen que determinados estudios y grados tengan que obtenerse en Madrid. Así Sanz del Río tenía la única Cátedra de Ampliación de Filosofía y su Historia del país, por lo tanto en su Cátedra reunía a todos los alumnos del país que tenían interés por esta disciplina. Esto hace que la influencia de Sanz del Río desde la Cátedra tuviera parangón con su propio carisma y con la receptividad que su doctrina merecía en sus discípulos.

Estas causas motivan que en 1865 padezcan las consecuencias del celo Ministerial, Sanz del Río y Canalejas. El primero, por supuestas heréticas posturas, el segundo, porque no aprobaba que doña Isabel II vendiera, como propio, el 75 % del patrimonio nacional y «generosamente sólo se re-

(8) Esta Real Orden Circular sobre la enseñanza, que fue conocida en su época como Circular *contra* la Enseñanza, estimamos que fue obligado don Antonio Alcalá Galiano a dictarla, por solo la fuerte campaña desatada por los sectores «moderados», y que nada tenían de tales en sus diatribas, sino, asimismo, por las sospechas que el Ministro suscitaba por sus antecedentes «liberales». En esta famosa circular hay giros de «equilibrio», ya que se recuerda la penalidad que el artículo 170 de la Ley Moyano señala para la conducta pública y privada, por otro lado existe una seria amenaza en la advertencia y en el recuerdo del compromiso que entraña el juramento *específico* que debía prestar todo Catedrático,

«y todo cuanto dijeren no ajustado a él redundaría en perjuicio público, así como en el suyo privado».

Admite y respeta las opiniones que difieran de los partidos *legales*, pero en la época los partidos demócratas y liberales están fuera de la Ley.

El hecho de que Castelar mantuviera y dirigiera un periódico, «La Democracia» desde el que podía dirigir sus dardos más hirientes y certeros a todos hizo pensar y a don Emilio el primero, que la famosa Real Orden iba dirigida muy directamente contra él.

servase el 25 % de lo que se percibiese por tal venta en concepto de comisión».

A don Emilio Castelar se le abre expediente. La Orden que emana de Alcalá Galiano es impugnada por el profesor, ya que la índole del escrito que la motiva, dice, «es ajeno a la competencia del Rector», que era quien debía iniciar tal expediente.

El Rector, profesor Montalbán, no cumple los preceptos del Reglamento de Universidades, y se limita a trasladar el referido escrito al ministro. Don Antonio Alcalá Galiano cesa al Rector de forma inmediata y lo sustituye por el Marqués de Zafra, Rector a la sazón de la Universidad de Granada (9).

Estas medidas ministeriales motivan la gravísima algarada estudiantil, saldada con víctimas mortales. Algarada que como refiere Galdós, en un artículo publicado en «La Nación», se la conocerá «in aeternum» *La noche de San Daniel*.

La última víctima de «esa noche» es el propio ministro, ya que sin cumplirse las 24 horas de estos acontecimientos murió en pleno Consejo de Ministros víctima de una apoplejía.

A su muerte accede al Ministerio de Fomento una persona cuya actuación, que tuvo siempre el respaldo de Cánovas, fue la causa determinante del nacimiento de la ILE. Esta persona era don Manuel de Orovio y Echague, a quien más tarde la Corona haría Marqués del mismo nombre, Orovio.

Lo primero que hizo el futuro Marqués fue suspender de empleo y sueldo a Castelar.

Salmerón, Fernández Ferraz y Morayta, profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, renuncian a sus puestos. No

(9) La base jurídica de la destitución de Montalbán radicaba en la estricta aplicación del artículo 22 del Reglamento de Universidades. Decía:

«Si un Catedrático incurriere en su enseñanza en alguno de los casos previstos en el artículo 170 de la Ley de Instrucción Pública, el Rector le suspenderá provisionalmente y reunirá al Consejo Universitario. Este Tribunal dará su dictamen previa audiencia por escrito del interesado, y el Rector remitirá las diligencias al Gobierno para su ulterior tramitación».

deseaban exponerse a tener que sustituir al catedrático suspendido.

Afortunadamente se mantenía como presidente del Real Consejo de Instrucción Pública, un hombre de ideas progresistas, don Claudio Antón de Luzuriaga, que pertenecía a la sazón al partido de la Unión Liberal. El hombre que hizo célebre la frase de «los obstáculos tradicionales», con clara alusión a la Corona, hizo en la sesión del 21 de abril de 1865 un caluroso y valiente discurso en Las Cortes:

...«¿qué criterio iríamos a buscar para medir la ortodoxia, digámoslo así, de las opiniones de un profesor?

¿La iríamos a medir, a regular, por las opiniones de un Ministerio?

¿Cómo es posible eso, cuando apenas hay un Ministerio en que haya dos personas que tengan las mismas doctrinas, cuando apenas hay un Ministerio que dure seis, ocho o diez meses?

Por consiguiente sería necesario que los profesores cambiasen a cada paso de sistema, o que en lugar de la inamovilidad de que hoy gozan, para bien de la enseñanza, los condenáramos a una movilidad eterna».

La respuesta de Orovio fue terminante. Creemos que se hace necesario reproducirla por cuanto en ella se establece el criterio tajante y el anuncio de toda una política del máximo endurecimiento:

«los profesores... pueden tener las opiniones legales que quieran, profesarlas en privado y en público; pero no pueden hacer *nada, ni dentro ni fuera de la cátedra*, contrario a la Religión del Estado que han jurado, contrario a la dinastía que han jurado, contrario a la Constitución que han jurado».

En el mes de junio de 1865 cesa Narváez y es nombrado presidente O'Donnell. Con la llegada al poder de un gobierno de la Unión Liberal, los catedráticos perseguidos dejan, lógicamente, de serlo. Si recordamos la defensa que de la libertad de Cátedra realizó Luzuriaga, nada extrañará que Castelar fuese repuesto y cancelado su expediente administrativo.

El 13 de junio de 1865 firma las oposiciones a Cátedra Giner, tiene problemas de orden administrativo, ya que cuando firma dichas oposiciones carecía del título de Doctor,

ya que había terminado los ejercicios de defensa del mismo tres días antes, es decir el día 10 de junio (10).

Las oposiciones terminan en 1866, pero, en lo político, coinciden prácticamente con el levantamiento de Prim en Villarejo, y con un debilitamiento del intento liberal de conciliación que habían preconizado.

La impaciencia de progresistas y demócratas acelera un levantamiento, que se produce el día 12 de junio en el madrileño cuartel de San Gil.

El 10 de julio retorna Narváez al poder, y, con él, Orovio, nuevamente en Fomento.

Se nos hace imposible repasar todo el proceso histórico de un período en el que los acontecimientos se suceden con una inmensa rapidez.

Nos interesaba constatar el proceso seguido en torno al tema de la *libertad de cátedra*, la clara postura de los hombres del krausismo y la defensa del principio realizada por los demócratas y liberales.

Como resumen de todo este proceso y de esta primera parte de análisis de cómo nació la Institución, debemos hacer notar algunos aspectos fundamentales para nuestro propósito.

Es innecesario poner mayor énfasis en algo evidente, la resistencia que los discípulos de Sanz del Río encontraban, en muy amplios sectores de la vida nacional, para el desarrollo de sus doctrinas. Prueba de que eran conscientes de tal oposición la vemos muy claramente en que de manera constante hacen públicas manifestaciones de no ser contrarios a la Iglesia Católica, no obstante clamorosas demostraciones en contrario. Como la del Rector Castro, o la posición final del propio Sanz del Río.

No menos cierto es que en los Institucionalistas existe una indiscutible idea religiosa, que comparten, sobre todo en determinados casos, con un profundo anticlericalismo.

(10) El nombramiento de Catedrático de Giner tiene fecha 20 de julio de 1867.

Pero estas manifestaciones de espíritu religioso no logran, en ningún caso, vencer la tremenda aversión que hacia ellos se tiene en los estamentos tradicionalistas y conservadores del país.

Esta razón motiva la propuesta que Giner formula en el seno de la Junta General del Ateneo madrileño, con el fin de conseguir el establecimiento de Cátedras, a cubrirse por rigurosa oposición, conforme a los primitivos Estatutos de la Institución y que en los años 30 había configurado esta misión como una especie de Universidad Libre.

Salmerón recoge la antorcha de la iniciativa de conseguir el instrumento que permita avanzar en una función de adoctrinamiento, de creación de un espíritu renovador a través del mundo de la enseñanza y de la Cultura.

Así surge la idea y la realidad de un Colegio Internacional. Es obra enteramente de Salmerón. De todos los nombres que amparan y colaboran, solamente vamos a destacar a dos: Giner y Moret.

Los señalamos porque van a imbuirse ya de una forma de actuar que luego cobrará nueva vida a través de la Institución.

Funda su Colegio Salmerón en 1866. Es casi al final de esta etapa de los sesenta a los setenta, cuando Salmerón se traslada a la calle de San Bernardo. Al número 19. La casona donde está instalado sirve para todo. Aulas para la enseñanza, salones para la reunión, hogar para muchos de los alumnos que lo eran en régimen de internado.

En el Colegio Internacional iba a constituirse un espíritu nuevo, prácticamente de sacerdocio de la enseñanza. Dedicación única, consagración permanente a la labor y conciencia de que el magisterio no termina jamás en el aula.

La experiencia apenas cubre ocho años de existencia. En 1874 Salmerón traspasa a uno de los profesores el Centro, y éste, ya sin su presencia y del grupo fundamental que le apoyaba, dura muy poco tiempo más.

Y ya entramos en una nueva etapa, la que se conoce y es llamada como,

2.º La segunda cuestión Universitaria

La Libertad de enseñanza llega a España bajo la inspiración del krausismo. Asimismo la enseñanza tiene una profunda renovación, una ambiciosa reforma. Fundamentalmente en la primera y segunda enseñanza.

La Junta revolucionaria en su declaración de principios establece la Libertad de enseñanza (8 de octubre de 1868).

El Decreto de 21 de octubre del mismo año, en su artículo 5 declara:

«La enseñanza es libre en todos sus grados y cualquiera que sea su clase».

Asimismo el art. 6, proclama:

«Todos los españoles están autorizados para fundar establecimientos de enseñanza».

Y si antes dejábamos a Orovio empeñado en mantener la disciplina académica bajo principios autoritarios y realmente contrarios a todo espíritu que fuera realmente universitario, nuevamente vuelve a primer plano de nuestra escena el Marqués.

En 1875 se restaura la Monarquía, vuelve a ser personaje fundamental de la Historia de nuestra patria Cánovas y aún cuando hemos de reconocer que en el proceso de evolución del problema universitario sus criterios se han indudablemente suavizado, no menos cierto es que, por el momento, la «cuestión» en nada había cambiado en relación con los planteamientos que ya hemos citado. Así, un Real Decreto de fecha 26 de febrero de 1875 regula la disciplina académica y una Circular, que se publica en la misma fecha, acentúa mucho más a los Rectores cuestiones no sólo de disciplina sino, puntualmente:

a) un reforzamiento de la defensa de la religión Católica,

b) un señalamiento de los límites de la Libertad de enseñanza, y

c) un recordatorio del respeto a la persona del Rey y del régimen monárquico constitucional.

Por otro lado, se reafirmaba la necesidad de orden y respeto en las clases y en el cumplimiento de los deberes académicos.

Si aparentemente no existía motivo de mayor alarma, los catedráticos de más libertad de pensamiento, consideraron que este ataque de Orovio era inadmisibile. El movimiento se inicia en Santiago y termina, en la parte que nos interesa de manera principal, con la separación primero, cárcel breve luego y confinamiento al final, de Giner, Azcárate y Salmerón.

Pero si creemos que han quedado apuntados los aspectos fundamentales del pensamiento que más interesan a nuestro discurso, queda por señalar un aspecto que es crucial. Los artículos 11 y 12 de la Constitución de 1876.

De estos dos artículos en que se debían fijar los principios de la libertad de cátedra y de enseñanza, el que más claro definía los principios que nos interesa analizar es el segundo de ellos.

El primero no garantiza la libertad de cátedra. Por esta razón la separación oficial de la enseñanza de Salmeron, Azcárate y Giner se confirmaba.

De otro lado, el artículo 12 recogía sustancialmente el artículo 6.º del Decreto de 21 de octubre de 1868. Decía así el principio constitucional:

«Todo español podrá fundar y sostener establecimientos de instrucción o de educación con arreglo a las leyes» (art. 12, párrafo 2.º).

La idea de Giner podía ponerse en marcha.

Atrás quedaban las amarguras de una persecución que habría de ser fructífera. Decimos fructífera porque cabe preguntarse, ¿habría nacido la Institución Libre de Enseñanza si no hubiera dictado su famosa Circular Orovio?

¿Fue el detonante definitivo para poner en marcha la idea?

En su pre-programa afirmaba el «grupo Giner»:

«La necesidad imperiosa de sustraer a la esfera de la acción

del Estado fines de la vida y órdenes de actividad, que piden una organización independiente»... ante

«la dificultad de armonizar la libertad que reclaman la investigación científica y la función del profesor, con la tutela que ejerce el Estado, el cual tiende con frecuencia a utilizar para fines políticos o intereses de clase o de partido este poder transitorio que los tiempos han puesto en sus manos, desconociendo así en su origen el valor absoluto de la ciencia y corrompiendo la fuente pura de donde se derivan los bienes que está llamada a producir para el individuo y para la Sociedad».

La Institución, pues, nació, y nació bajo un lema fundamental, la absoluta admisión de la libertad de cátedra.

La firma de la primera Junta General de accionistas tenía lugar el 31 de mayo del año 1876.

Este grupo fundador estaba constituido no sólo por profesores universitarios. Se unieron también a él, banqueros, políticos, hombres que entendían que era necesaria una modernización del sistema educador de la Universidad española. La profesora Dolores Gómez Molleda, de la Universidad de Salamanca, de la que fue Rectora, denomina a estos hombres de la Institución «Los reformadores de la España contemporánea» (11).

3.º Breve nota sobre fines de la Institución

Todo el propósito puede reducirse a una frase de Giner, «hombres, hombres es lo que falta».

Reafirma esta idea una afirmación de Altamira que tomamos del libro de la profesora Gómez Molleda:

«Don Francisco ha hecho *hombres*, y esto es lo que deja y lo que da a la España futura». Hombres «verdaderamente nuevos en espíritu».

El «hombre nuevo» que desea, que fervientemente aspira a formar Giner, debe tener, «tolerancia», ser «solidario»,

(11) Gómez Molleda, D., «Los reformadores de la España Contemporánea». C.S.I.C., Madrid, 1966.

«actuar con maneras sociales de respeto», «despreciar la violencia», buscador de la «paz».

Ningún fin justifica medios violentos, ningún reposo es admisible para lograr unos objetivos de transformación de esta España que Giner siente como una queja y como una responsabilidad.

La doctrina de Giner en un siglo convulsionado por toda clase de situaciones no meramente tensas, sino plenas de agresividad. Una agresividad que quizás dormida despierta con un vigor que cualquier razón supuesta, o motivo esgrimido, la hace saltar con una violencia tremenda y demasiadas veces trágica.

Es el trasfondo del instinto el que se rebela en estas acciones que a Giner le oprimen como si soportara una culpa colectiva.

Este ansia de perfección en el individuo, es la reforma de una estructura fundamental que Giner busca ansiosamente. Nada puede cambiar en esta sociedad nuestra, si no cambiamos al que es sujeto activo de todas las acciones: al hombre.

Y no olvidemos cuáles eran las cotas de analfabetismo que soportaba nuestra patria. Para Giner no sería admisible la frase de Cherstenton viendo comer a unos campesinos toledanos: «qué cultos son estos analfabetos».

Primeramente, porque querría que estos «campesinos» que mostraban su «cultura» al comer conjuntamente de una escudilla común, tuvieran una escudilla cada uno, rechazando la «Cultura de la miseria».

Estas notas que reflejan, durante toda su vida, la obra y la formación que procuró para quienes iban a ser y fueron sus discípulos.

Existe en Giner una continuación del pensamiento originario de Sanz del Río, quien españolizó el del Krausse. Pero esta continuidad no deja de tener un toque personalísimo que don Francisco mantuvo vivo durante su vida y que perduró indudablemente en sus seguidores.

A todo lo dicho deberíamos añadir una nota que distingue al fundador de la Institución: su negativa a que cualquier

miembro de la Institución pueda entrar en la política activa. El carácter apolítico caracteriza a la misma.

Cuando don Fernando de los Ríos decide ingresar en el Partido Socialista habla previamente con Giner. Este, comprende las razones y da su aprobación. Pero don Fernando de los Ríos no pasará de formar parte únicamente de la Asociación de antiguos alumnos, de la que llega a ser presidente.

Esto no es obstáculo para que la Institución influya poderosamente en la política educativa española y tampoco lo es para que muchos de sus antiguos alumnos y muchos de los adeptos que supo ganarse, ejercieran funciones políticas y de responsabilidad de Gobierno.

* * *

Entendemos que estas notas eran necesarias para plantear qué bases de pensamiento influyeron en la Universidad ovetense.

Para llevar una correlación de análisis examinaremos primero cómo entendían el krausismo, para después examinar la influencia de la Institución Libre de Enseñanza.

Para ello será necesario plantearnos algunos particularismos que intente explicar la personalidad de alguno de los profesores ovetenses.

* * *

En un artículo en que «Clarín» publica en 1891 hace repaso del claustro de entonces.

Vamos a reproducirlo porque en él realiza una mínima cualificación del mismo:

«Félix Aramburu, Rector, Catedrático por oposición. Autor de obras alabadas en la prensa y el profesorado en Italia, Francia, Portugal, América, etc., etc.

Adolfo Buylla, Decano. Catedrático por oposición. Autor de obras alabadas, ídem, íd. íd. íd...

Guillermo Estrada. Orador insigne de las Constituyentes del

69. Autor de obras. Jefe del Partido Carlista en Asturias. Catedrático por oposición.

Matías Barrio y Mier. Orador y Secretario de las Constituyentes. Jefe del partido Carlista en la región castellana. Diputado electo. Catedrático por oposición dos veces.

Víctor Ordóñez. Autor de obras alabadas por la prensa, etc., etc. Catedrático por oposición.

Fermín Canella. Autor de obras alabadas, etc. etc. Catedrático por oposición.

Faustino Vallina. Autor de obras alabadas, etc., etc. Catedrático por oposición dos veces.

Leopoldo Alas (Clarín). Catedrático por oposición.

Adolfo Posada. Autor de obras alabadas y traducidas en italiano, etc., etc. Catedrático por oposición.

Rogelio Jove. Autor de obras, etc. Catedrático por concurso, pero con varias oposiciones.

Gerardo Berjano. Catedrático por concurso, pero con varias oposiciones al profesorado y varias carreras.

José Giles. Autor de obras, etc. Catedrático por oposición.

Eduardo Serrano. Catedrático por oposición.

Juan Rodríguez Arango. Catedrático sin oposición.

Justo Amandi. Catedrático sin oposición (12).

Este Claustro de 1891 sería, formalmente, el que habría de iniciar unos años más tarde la extraordinaria labor que dio tantos timbres de gloria a la Universidad ovetense.

Esta renovación en el Claustro ovetense comenzó mucho antes. Ya Leopoldo Alas en 1879, en un artículo publicado en «La Unión» (n.º 322, de fecha 16 de octubre) destacaba el hecho:

La Universidad de Oviedo que «años atrás, era un cuartel de inválidos de la inteligencia» para "Clarín" se había convertido en

«un vivero de legítimas esperanzas, porque allí explican derecho natural y romano, político y administrativo, economía y estadística, jóvenes de poderoso espíritu, de austera moralidad científica, y de ideas ampliamente liberales...».

(12) Palique, «Madrid Cómico», n.º 418. 26-II-1891. Este Palique fue escrito con ocasión de la elección de Senador por la Universidad de Oviedo, en la que Campoamor fue obligado a retirarse por Cánovas y designado un protegido de Pidal.

Este artículo «Clarín» ponía énfasis en que estos Titulares habían escapado del control del Conde de Toreno.

* * *

En el Claustro de 1879 ya estaban Buylla, que había sucedido a José Manuel Piernas Hurtado y Rafael Ureña, absolutamente compenetrado de la idea krausista y de la Institución. Formaban parte del mismo Claustro otras personalidades de las que más tarde hablaremos.

La incorporación más tardía de Aniceto Sela, Melquiades Alvarez Altamira y la fundamental de Adolfo Posada que se realiza el mismo año que la de «Clarín», habría de conformar por bastantes años el nuevo estilo de nuestra Universidad.

Se hace difícil en un análisis como el presente prescindir de las Memorias de don Adolfo Posada (13), en las que analiza con cierto pormenor a determinados compañeros claustrales, de cuyas figuras y pensamiento ofrece un juicio.

Si en ellas destaca figuras tan contrapuestas ideológicamente, como son, por ejemplo las de Barrio y Mier, Jesús Arias de Velasco, Guillermo Estrada, Víctor Díaz Ordóñez, el mismo Fermín Canella, con su propio pensamiento, o el de Buylla y el del mismo «Clarín», resulta difícil comprender cómo personalidades tan diferentes, tan opuestas en algunos aspectos, políticos diríamos, llegaron a formar un grupo tan homogéneo en lo universitario y sobre todo cómo aceptaron ser como abanderados de pensamientos nacidos desde las ideas que tienen origen en Sanz del Río-Krause, y perfiladas en acción por don Francisco Giner.

En este Claustro existían regionalistas, tradicionalistas, republicanos y liberales. Son ciertas estas tremendas dispari-

(13) Posada, Adolfo, «Fragmentos de mis Memorias». Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1883. Edición sufragada por la Cátedra Aledo por aportación extraordinaria de don Ignacio Herrero, antiguo alumno de la última etapa como docente de don Adolfo.

dades. Pero es también tremendo el espíritu corporativo y el profundo respeto mutuo que se profesaban.

Hasta tal punto es así que un artículo de Sela, criticando a «Clarín» y que Posada reputa de «ligero», provoca en don Leopoldo un enorme disgusto por venir de un colega. Artículo al que «Clarín» no responde. Este respeto por esta casa de estudios se manifiesta también, por ejemplo, en que en «La Regenta» no aparece ningún personaje universitario, prueba evidente de este respeto al que hacíamos referencia.

La desaparición de su claustro de los más genuinos representantes carlistas, con la muerte de don Guillermo Estrada y el traslado de Barrio y Mier a Madrid, confirma la unión existente.

De las páginas de Posada y de la evolución de los hechos mismos, claramente se trasluce el mutuo respeto al que hicimos referencia y, fundamentalmente, su positiva contribución al rigor del claustro al que hacía referencia «Clarín» en su citado artículo 1879 en «La Unión».

En la página 206 de su libro citado, don Adolfo Posada pone como subtítulo de uno de los epígrafes en que divide el capítulo que denomina «Maestro y colegas», el siguiente: *La Universidad como fuerza política: La Escuela Práctica*.

No nos sustraemos de copiar algunos de sus párrafos más significativos:

«El grupo -grupo inicial-... que había de imprimir carácter a la escuela ovetense, haciendo de ella una verdadera fuerza política en el alto, noble y elevado sentido que esta palabra alcanza, fuera de los partidos políticos y de las mezquinas intrigas de cacicazgos y comités y al margen de todo género de ambiciones, pompas y vanidades, aquel grupo inicial ...con la llegada de Sela» y «sin descomponerse la unidad inicial ideológica, se empezó a distinguir una clara intimidad especial entre algunos colegas, según las afinidades en gustos e intereses: por de pronto éste era el caso de Buylla, Sela y mío. El resultado más visible y eficaz de esta intimidad fue la creación de la Escuela de Estudios Jurídicos y Sociales... Después de reñida oposición fue nombrado para la Cátedra de Historia del Derecho ...Rafael Altamira. Fue sin duda un gran refuerzo para la Escuela y para la Universidad. Era un gran

maestro, preparado como pocos, de excepcional cultura y de gran palabra. Fue repito Altamira un gran refuerzo».

Ya tenemos perfilado el grupo, el pequeño, el directamente conectado con la Institución al que Costa denominó «el grupo de Oviedo» y el grande, el de la totalidad del Claustro.

Voy a permitirme una nueva licencia. Seguir, nuevamente, a Posada.

Ningún testimonio mejor que aquel de quien sujeto en la historia que uno pretende estudiar.

Este testimonio es el de buscar el apoyo «espiritual», como lo denomina Posada y las bases de pensamiento en que se apoyaba este *grupo*.

Comencemos por el krausismo.

* * *

Vamos a concretar la personalidad de los krausistas «ovetenses», en dos personalidades: Posada y «Clarín».

El primero tuvo ocasión de poder exponer en un libro, editado con gran retraso ya que su edición tiene fecha de 1981 y la redacción es, indudablemente de unas fechas que se comprenden entre 1925, la inicial, y 1935, corrección, posible de la primera.

Este libro de Posada lleva por título *Breve historia del Krausismo español*. En él encontramos expuesto su pensamiento sin los condicionamientos que después habrían de obsesionar a tantos pensadores españoles que se creyeron, y a lo mejor les fue obligado, en la necesidad de justificar su propio sentir, porque el sentir y el obrar no era patrimonio libre de los hombres.

Comienza por afirmar una cosa, «el Krausismo es *planta española*». Entiende Posada, que Sanz del Río hizo algo más que traducir, en introducir, al filósofo Krause. Así, cuando afirma:

«...mi resolución invariable es consagrar todas mis fuerzas durante mi vida al estudio, explicación y propagación de esta doctrina».

Para Posada, Sanz del Río no traduce a Krause, se trata de comentar su obra y de exponerla (14).

El krausismo, añade Posada, «no obstante su raíz alemana, como doctrina se españolizó constituyendo a la larga un movimiento original y típico, no superficial, profundo, removedor...»

Define don Adolfo perfectamente, claramente, el momento en que llega esta doctrina:

«Surge en España, en la España dormida o soñolienta que comienza a inquietarse bajo la excitación política del constitucionalismo, como consecuencia directa e inmediata, en buena parte, del influjo renovador del apostolado del maestro austero, que «importó» a Krause; influjo ejercido sobre un grupo de espíritus selectos, que acuden a la cátedra de Sanz del Río anhelosos, sedientos de libertad y de verdad, alcanzada mediante la libertad.

Y es que el krausismo aquí en España será en todo momento una lucha por la libertad del espíritu...» (15).

«Para el krausismo español, la ciencia no es el resultado frío, indiferente de la reflexión del sujeto sobre la realidad dada, objeto: es, en su caso, un problema de *conciencia*. La *ciencia* dice Sanz del Río, *es cosa de conciencia*».

y prosigue Posada,

«*Ciencia... tiene un sujeto-eje, el hombre*»... El krausismo español —al culminar con plena originalidad en el maestro don Francisco Giner, cuida y sostiene... la idea y hecho vital del hombre». Recordemos, dice Posada, «el *valor* que el maestro otorga a la formación del hombre interior, formación que es raíz y asiento de la libertad»...

y, seguimos en la lectura del libro de Posada:

«La acción del krausismo en la Filosofía del Derecho y del Estado —y en la política del derecho— así como en las concreciones de ésta en la llamada política social se ha revelado clara y definitivamente como una consecuencia lógica de la intensificación del *espíritu ético* —de las exigencias éticas— en

(14) Posada, Adolfo, ob. cit., págs. 24 y 25.

(15) Todos estos fragmentos corresponden a la obra citada de don Adolfo Posada.

la ciencia y en la vida jurídicas, y en la concepción de Estado».

...

«El influjo ginerista logró una expresión doctrinal máxima en la labor desarrollada en la Universidad de Oviedo».

«En esta nuestra Universidad ovetense junto al insigne "Clarín", cuyo discurso sobre «El Derecho y la Moralidad» (1878) además de sus lecciones admirables en la Cátedra de Derecho natural son claro exponente de la huella real de don Francisco, enseñaban Aramburu, el gran criminalista crítico de la escuela positivista italiana, Buylla, economista renovador de la economía con la ética, hombre social, abnegado, Sela internacionalista y pedagogo de la acción -todos hoy más allá de esta vida, Altamira, historiador del Derecho, jurista destacado en el mundo internacional, y el gran orador y jurisconsulto Melquiades Alvarez. Y yo mismo que trabajé allí veinte años de vida universitaria. Todos experimentamos el influjo de Giner, pues casi todos fuimos discípulos, algunos íntimos de don Francisco.

Unidos o arrastrados por un mismo ideal, a animados o reanimados siempre por la acción inquietadora del maestro de la Institución Libre de Enseñanza, formamos el que Costa llamaba «el Grupo de Oviedo», que inició en España, con éxito excepcional, la acción social de la universidad, acercándola al pueblo, a los obreros, con las tareas de la extensión universitaria y los cursos populares... Los del «grupo», los discípulos del maestro de la Central recordando los métodos de sus cátedras, organizamos las labores de nuestra enseñanza, de suerte que pudiera producirse ésta en un medio adecuado para mantener en íntima, amistosa y respetuosa relación -e ideario- a profesores y alumnos.

En esta atmósfera universitaria de Vetusta preparándose para la vida, entre otros, Leopoldo Palacios, Jesús Arias de Velasco, Alvaro de Albornoz, Antonio Flores de Lemus, Ramón Pérez de Ayala, Leopoldo Alas G.-Argüelles, José María Sempere, Ramón Prieto Bances, Juan Díaz Caneja, M. Rico...»

Y, añade Posada (16).

«...esto hacíamos, creyendo robustecer una universidad de savia social y de provincial raigambre, seguros de que cum-

(16) Ob. cit. pág. 90 y sig.

plíamos elementales deberes de nuestro tiempo -*deberes sociales*-, especialmente al acercarnos a las masas obreras...»

Nos queda por señalar, dentro de esta corriente de doctrina y pensamiento y, porqué no decirlo, de acción, la trayectoria que ha seguido desde Krausse hasta la Institución.

Hemos visto cómo existe la ligazón entre Krause y Sanz del Río, pero existe un eslabón de gran importancia para comprender el pensamiento dentro de la Institución. Se trata de la obra de Ahrens, a la cual ya hemos hecho alguna referencia. Creemos que en ningún caso podríamos encontrar mejor medio para la comprensión de esta relación que a través, nuevamente, de don Adolfo Posada.

En su obra ya tan citada sobre el krausismo, nos facilita la explicación debida (17) para establecer claramente la influencia de Ahrens en los institucionalistas.

Piensa Giner, nos expone Posada, que Sanz del Río llega a Krause a través de Ahrens, ya que la obra fundamental de éste, *Curso de Derecho Natural*, traducida al español por don Ruperto Navarro Zamorano, gran amigo de Sanz del Río.

Si bien esta versión se hacía sobre la edición de Ahrens en francés en 1837, lo cierto es que su conocimiento inclinó a Sanz del Río a profundizar en la obra de Krause y a estudiar alemán.

Así pues tenemos ya clara la trayectoria.

Ahrens, por su lectura Krause, Sanz del Río y con la originalidad y en versión, como decía Unamuno *españolizada*, Giner de los Ríos.

En la mayor parte de los profesores citados por Posada y cuyo testimonio resulta difícilmente refutable se les señala como *seguidores* de Giner. Nos referimos, claro está, a los pertenecientes al claustro ovetense. Verdaderamente krausistas como decíamos solamente vemos a dos: Posada y «Clarín». Por declaración expresa de ambos. Si ya hemos examinado con alguna amplitud, que resulte por lo menos inicialmente aclaratoria y a través de Posada de que cómo sentían

(17) Posada, Adolfo, ob. cit., pág. 52 y sig.

el krausismo y por qué llegaron a él, nos queda ahora por examinar el pensamiento de «Clarín» sobre este tema.

«Clarín» es claro y rotundo en cuanto a su definición. «Sí, soy krausista...» pero siempre aclara que no es de aquellos doctrinarios que llegan a carecer de discernimiento propio para sentir de esta doctrina únicamente aquello que es menos brillante y menos enriquecedor. Es decir aquello que movía a cierta burla, por ejemplo de Valle Inclán, o de Baroja (18).

En 1882, es decir el año en que obtiene la Cátedra de Economía Política y Estadística en Zaragoza, publicaba en «La Publicidad», número 1.468, número del día 3 de febrero, el siguiente apunte de tinte autobiográfico:

«A los diez y nueve años vine a Madrid a estudiar filosofía (así medré yo) y no se me ocurrió cosa mejor que hacerme krausista, *pero no de los que hablan oscuro y apenas se lavan*, no señor; krausista aseado, limpio e *independiente*».

Como vemos le interesa, y mucho, destacar su posición de *independiente*. Ya un año antes, en 1881, en el Prefacio de los «Solos», «Clarín» ponía ya de manifiesto una cierta duda sobre la doctrina krausista. Así, dice:

«...voy a exponer a ustedes el concepto y plan de mi libro, como decían los krausistas, mis amigos, *cuando otro gallo les cantaba*».

Pedro Sáinz Rodríguez, en la página 25 del discurso de apertura del Curso 1921-22 que consagró a la memoria de «Clarín» (a los veinte años de su muerte; Buylla le dedicó el de 1901-1902, y son, que sepamos, los dos discursos de apertura dedicados al recuerdo y análisis de la obra y pensamiento de don Leopoldo Alas), entiende, que en «La mosca sabia» y en la figura de don Eufrasio Macrocéfalo, «Clarín» no hace sino ridiculizar un supuesto «sabio krausista».

En este aspecto de su vinculación a la teoría krausista, Sáinz Rodríguez reproduce unas líneas de Alas, escritas en

(18) Gómez Molleda, M.^a D., ob. cit., págs. 179 y 183.

1885, y en las que se refiere a uno de sus maestros más queridos, González Serrano:

«Fue González Serrano discípulo predilecto de Salmerón, y explicó muchas veces en su Cátedra de Metafísica. Comenzó siendo krausista de los *verdaderos de los pocos que lo eran por el esfuerzo de la propia reflexión*; pero su carácter *independiente* (el subrayado es nuestro) la fuerza y la originalidad de sus pensamientos, le fueron dando poco a poco una especie de autonomía intelectual que *le llevó a un prudente criticismo que confieso que me enamora*» («Sermón perdido», pág. 205).

No se desvía, sin embargo, «Clarín» hacia nuevas tendencias del momento, así cuando su amigo, su fraternal amigo mejor diríamos, Pepe Quevedo, teme que se convierta al positivismo, su respuesta es tajante (19):

«Me dices, en una de tus cartas, que temías verme caer en el positivismo «como sistema filosófico me parece imposible que yo llegue a abrazarle en mi vida.

Como «modus vivendi», por lo que tiene de práctico, de circunspecto, de rico en material científico, le considero muy respetable, no al positivismo de tal o cual secta, ni al de todas juntas, sino a la razón suficiente de su presencia en la historia de la Filosofía.

De todas maneras, estoy decidido a estudiarlo un poco de veras, comenzando por la física, la fisiología y si es necesario las matemáticas.

Temo que no hayas comprendido lo que quiero darte a entender con esto: no quiero hacerme positivista pero me parece haber oído una voz, entre la cháchara de esos naturalistas, que pide en justicia nuestro amor y estudio».

Mantiene, pues, «Clarín» un rigor intelectual intachable. El hecho de que afirme que no admite el positivismo, no excluye que lo estudie, porque le parece «justo» hacerlo.

Es esta actitud de honesto intelectual, que no es otra cosa que la «metódica» duda, porque el análisis que nos hace afirmar una cosa, nos puede hacer dudar de cosas que antes

(19) Posada, Adolfo, «Leopoldo Alas, Clarín». Imp. La Cruz de Oviedo 1946, pág. 130, la fecha de esta carta la sitúa cronológicamente Posada en 1876. Lo que sí está claro es el mes y el día, era el 19 de febrero y escrita en Oviedo.

nos parecen inatacables. Por algo en uno de sus pensamientos «La Bruyere» nos indica que

«es la profunda ignorancia la que inspira el tono dogmático».

Y esta es, asimismo, la razón de que muchas veces se tache de inconsecuente a «Clarín» que modifica pareceres. ¡Quién no los cambia!

Lo que le sucedía a «Clarín» era que... escribía. Y lo hacía con sinceridad y consecuentemente con lo que la vida, el estudio y la observación le iban enseñando.

«Clarín» mantiene siempre una especie de vinculación sentimental con la doctrina, ¿de Sanz del Río?, ¿de Giner? ¿krausista, al fin y al cabo?

En «Los Solos», escribía en 1881:

«La filosofía en España era en rigor planta exótica, puede decirse que la trajo consigo de Alemania Sanz del Río. Querer unir a la tradición de nuestra antigua sabiduría los trabajos casi insignificantes de los pensadores católicos y escolásticos de nuestro siglo es una pretensión absurda, aunque la apadriren eruditos.

La filosofía del siglo, la única que podía ser algo más que una momia, un ser vivo, entró en España con la influencia de las escuelas idealistas importadas por el filósofo citado.

«Cuando ya por el mundo corrían con más crédito que los sistemas de los grandes filósofos idealistas de Alemania las derivaciones de la izquierda hegeliana y el positivismo francés e inglés, en España la escuela krausista prosperaba, y con vigoroso método, gran pureza de miras y parsimoniosa investigación, iba propagando un espíritu filosófico, de cuya fecundidad en buenas obras y buenos pensamientos no pueden tener exacta idea los contemporáneos, ni aún los que más de cerca y más imparcialmente estudien este influjo, insensible para los observadores poco atentos:

«Como oposición necesaria del krausismo, que sin ella podía degenerar en dogmatismo de secta intolerable, llegaron después las corrientes de otros sistemas, tales como el monismo, el spenciarismo, el darwinismo, etc., etc... y hoy tenemos ya, por fortuna, muestra de todas las escuelas, palenque propio, nacional, en que mejor o peor representadas, todas las tendencias filosóficas combaten y se influyen, como es menester para que dé resultados provechosos a la civilización la batalla incruenta de las ideas» (año de 1881).

II

GINER Y LA UNIVERSIDAD DE
OVIEDO

En todo el «movimiento de Oviedo» la figura de Giner es clave fundamental.

Sin Giner es difícil concebir todas las realizaciones que desde aquí se hicieron. Giner fue indudablemente la fuerza que impulsó el quehacer de los profesores ovetenses.

Si al principio de mi discurso me referí al espíritu, se hace necesario pensar en quién fue capaz de infundirlo. Esta persona fue Giner. La veneración que mereció de sus discípulos y el respeto que consiguió, así lo ponen de manifiesto.

La influencia de Giner fue tan extraordinaria que estuvo por encima de su tiempo. Y la Universidad de Oviedo fue, dentro de todas las del país, la que más directamente se vio influenciada por sus ideas y, sobre todo, por su ejemplo constante.

En Giner, en el que existía la preocupación constante del hombre, que constituía para él una aspiración, en su deseo y en su ansia de perfección, tenía que manifestarse de una manera clara, terminante, rotunda el ejemplo y el testimonio. Y Giner, sin duda alguna lo dio.

Sería inconcebible que personalidades tan acusadas como pueden ser la de un «Clarín», un Posada, un Buylla, un Sela... y en fin tantos profesores en toda la geografía española, aun cuando haya citado solamente a ovetenses, hubieran mantenido una devoción tan acusada hacia un maestro sin un carisma excepcional en la persona que despierta esta

devoción. Devoción que no está en una doctrina, o en un mensaje único, que está en una forma de sentir, de pensar, de servir.

Yo creo que éste es el gran mensaje de Giner. Mensaje permanente, que se mantiene a través del tiempo y que perdura porque indudablemente encierra una total dosis de verdad y de sinceridad. Giner fue fundamentalmente un hombre que quiso servir a los demás, que quiso servir a su patria y que a ello consagró su vida y todo su quehacer.

Han quedado señaladas notas y características peculiares del pensamiento de Giner, que viene de la doctrina krausista, aun cuando con un acento genuino y con una influencia que se deriva de la personalidad acusadísima de don Francisco.

Ha sido tanto lo que ha escrito sobre él que vamos a limitarnos a dar unas pinceladas del maestro que nos sirvan para conducirnos a como le «venían» y «sentían» los universitarios ovetenses.

Para nuestro fin creemos que puede ser suficiente, como introducción, la siguiente cita de «Azorín» que aparece publicada en el «BILE», pág. 208, del año 1918:

«En Giner, más que una filosofía, más que un sistema definido y cerrado, se ofrece *una actitud* ante el mundo, ante la vida, ante los grandes problemas de la inteligencia».

Si hacemos esta cifra de Azorín, es porque creemos como él, que más de «krausismo», tendríamos que hablar de «ginerismo», de «institucionalismo» (que en el fondo sería lo mismo), cuando nos referimos a las influencias doctrinales, ¿humanísticas?, en nuestra Universidad.

Parece imposible que sus «discípulos» lleguen a solicitar consejo no sólo para problemas de orden académico, doctrinal, político, sino que llegan a consultarle problemas de orden personalísimo. Como muestra baste una cita:

Cuando Altamira se encuentra en una etapa de su vida difícil en lo económico, dentro además del período de su formación académica, le llega o le surge un naturalísimo problema sentimental. Giner no está de acuerdo con el plan-

teamiento de don Rafael, que desea contraer matrimonio y Giner le escribe...

«verdad es que no pensaba (yo) en casarme a los veinticuatro años; cosa que no censuro a usted, ni se la celebro, sobre todo lo último...»

Bien a las claras don Francisco no «celebraba» precisamente la idea del matrimonio, y aún cuando no son del caso los motivos, lo cierto es que esta carta, que era escrita en 1891, tuvo su efecto, aún cuando retardado, ya que en 1894 Altamira renunciaba al matrimonio que consultaba a Giner.

Esta influencia es indudable, repetimos, hasta en cosas muy íntimas.

De todas formas, entendemos que con relación a Oviedo, las cosas discurren de muy diferente forma. Las grandes ideas, o los grandes ideales, siguen siendo asumidos por los ovetenses, pero con «personalidad propia». La referencia anterior de Altamira, y conviene señalarlo así, es anterior a su incorporación a nuestra Universidad.

Universidad por la que Giner mostró siempre una entrañable inclinación.

Esta Universidad que recibió, como vimos, la influencia «personal» de Giner, pero cuyo «movimiento» comenzó a generarse a través de las decisivas y también personalísimas influencias de Alas, Buylla y Posada.

Si, como dejaremos señalado, son figuras relevantes Sela y Altamira, y así lo puntualizaremos en la última parte de nuestro discurso, lo cierto es que cuando Giner escribe la gran alabanza de la Universidad ovetense, en carta dirigida a don Leopoldo Alas, ni Sela ni Altamira figuraban en nuestro Claustro. Decía así don Francisco Giner:

«Qué Universidad microscópica, sí, señor, pero Universidad, están haciendo poco a poco. ¡Qué tiene de particular que envíen luego a Madrid muchachos... como ese que usted ya me anuncia».

Adelante, adelante.

F. Giner.

Madrid 1891

(publicada en «BILE», 1916, pág. 60)

De cómo era considerado Giner en Oviedo tomemos una cita de la profesora Dolores Gómez Molleda (1).

«...los universitarios formados en Oviedo considerasen a don Francisco como *maestro* por antonomasia y al hecho de su encuentro personal, como una verdadera efemérides.

Leopoldo Palacios al describir su viaje a Betanzos para conocer al hombre admirado y exaltado en la Universidad de Oviedo sobre toda ponderación, escribe:

«ni su gesto entrañable, ni el ambiente de la estancia que respiraba pulcritud, juventud y amor, ni el cielo estrellado sobre nuestras cabezas... espero que desaparezca de entre mis perdurables recuerdos».

(en el prólogo del tomo XII -Educación y Enseñanza- de Giner.

Este era indudablemente el clima general, pero se hace necesario puntualizar este acento dentro de la opinión que merecían a los claustrales ovetenses. Comencemos por Alas.

En numerosas páginas declara su admiración por Giner. Hasta cuando él se considera incapaz de transmitir un mensaje. Así cuando se refiere a los círculos obreros y escribe,

«ah, si escucharan a don Francisco Giner»

Su primera manifestación académica de devoción al maestro la tenemos en la dedicatoria de su Tesis doctoral. En la primera obra científica que Leopoldo Alas escribe, se considera obligado a mostrar su devoción al Maestro. Como sabemos la Tesis de Clarín se titula *El Derecho y la Moralidad*. Bien se ve la orientación universitaria de Alas, y aún está por estudiar el porqué hizo oposiciones a Economía, cuando los hechos nos muestran que tan difícil podía tener esta cátedra como la de Filosofía y de Derecho Natural, que por fin detentó, después de haber explicado también unos Cursos de Derecho Romano. En la dedicatoria Clarín se expresa así:

«AL SEÑOR DON FRANCISCO GINER DE LOS RIOS:

Me preguntaba usted si no debía mayores servicios a algún

(1) Ob. cit., pág. 321.

otro profesor, para dedicarle este trabajo. Mucho debo a muchos; pero a sus escrúpulos contesto aprovechándome de la licencia que me otorga de honrar con su nombre estas páginas.

Su sincero amigo y reconocido discípulo,

EL AUTOR».

(julio de 1878)

A estas palabras, a este testimonio de 1878, queremos ofrecer solamente uno más. En muchas páginas Clarín muestra la prueba de su reconocimiento a todos aquellos que de alguna manera enriquecieron su patrimonio espiritual. Es una gratitud, que no una dependencia, pero que expresa una relación entrañable en la que siempre Alas nos muestra su amor filial, hacia aquellos que aportaron decisivamente algo en su formación universitaria, espiritual...

Este carácter lo define claramente Alas refiriéndose a Renan, a quien admiraba profundamente. Así, escribe:

«Se nos mueren los padres de la sangre... y se nos mueren los padres del espíritu. Y confieso que cuando muera Renan, si muere antes que yo, estaré de luto por dentro».

Y refiriéndose a don Francisco, dice así:

«Mi gran respeto por ciertos hombres, respeto que ya me han echado en cara, tiene sus hondas raíces en esta paternidad espiritual:

Para mí Giner de los Ríos es padre de algo de lo que más vale dentro de mi alma» (2).

Podrá parecer una boutade, pero esta hermosa época en que la comunicación era epistolar nos ha dejado un testimonio espléndido en que Clarín mantiene con Giner una entrañable relación de alto valor humano, de altísimo valor de testimonio.

Pero entendemos que nos basta con lo expresado para dar idea de la mutua relación y afecto, venerado afecto, que sentía Alas hacia su «maestro».

Veamos a continuación un testimonio de Adolfo Buylla,

(2) Las dos citas corresponden a la obra de Alas, «Ensayos y Revisitas» (1888-92). Madrid 1892, pág. 7.

en un artículo publicado en el «BILE», hace exactamente cien años, en las páginas 230 y 231, titulado, «La educación física y moral en las Universidades».

«Educada la sensibilidad con el vivir continuo y repetido en las esferas de la belleza, del suave afecto y del sentimiento puro; educada la inteligencia mediante el gradual y metódico desenvolvimiento del conocer; educada la voluntad en la práctica de la justicia, en el respeto a la igualdad, en el culto de la tolerancia, en el cumplimiento del deber; desarrollado el cuerpo con norma y medida, para que el espíritu, en su omnilateral evolución, no le sobrepuje, y él tampoco, a su vez, perjudique a la vida del espíritu, habremos llegado *al hombre ideal*, que tan admirablemente compendia el ex rector de la Institución Libre de Enseñanza, don Francisco Giner de los Ríos, cuando dice: «Muy otro es el camino... Grandes ideas, luminares de la vida...»

Buylla, no lo olvidemos, figura como uno de los primeros accionistas fundadores de la Institución Libre de Enseñanza.

Si leemos las páginas del «BILE», en la que eran redactores de secciones fijas, profesores ovetenses, podríamos dar múltiples exponentes de esta estimación hacia el maestro y de cómo sus alumnos-discípulos, llevaban imbuido dentro de su espíritu el magisterio de Giner. Esta adecuación de la doctrina gineriana a la ampliación práctica, como devoción asumida por su ejemplaridad, la podemos ver, como muestra, en un párrafo de Sela publicado asimismo en el «BILE» (1895, pág. 68) y que es perfecta armonía con las ideas de don Francisco:

«El profesor debe proponerse educar a la juventud en la ciencia y para la vida social. Para esto necesita más que explicar y tomar lecciones. *Precisa vivir en constante intimidad con el alumno y hacer de él como un hijo adoptivo cuya alma y corazón va a formar* a la vez que procura ilustrar su entendimiento.

Este método, que repugna la prueba del examen, fundamentalmente cuando se basa en el mero esfuerzo memorístico, que persigue el conocimiento del alumno, el contacto con él, más allá del mero formulismo que la relación profe-

sor-alumno suele darse en los ámbitos docentes. Esta relación que el número de matrícula permitía en aquella época, explica, por otro lado, la influencia de los verdaderos maestros en los también *verdaderos* discípulos.

De no haber sido así, resultaría imposible explicar el lazo tan entrañablemente estrecho como existió en el seno de la Institución, y que personas del mundo político como Fernando de los Ríos o Julián Besteiro o Melquiades Alvarez, consultasen, en unos casos, formularan autorización del maestro en otros, para inscribirse en un partido político. Sabido es el carácter absolutamente apolítico que caracterizó a la Institución, lo cual no es obstáculo para que un país apasionado como el español y de reacciones extremas y pendulares, la Institución apareciese para unos como ejemplo de confabuladores francmasones, «rojos» perdidos, y para el otro extremo del pensamiento ideológico, fueran considerados como burgueses con tintes o ribetes de liberalismo.

La Institución Libre de Enseñanza y sus hombres eran otra cosa y perseguían otra cosa, que sigue teniendo vigencia y actualidad. Los planteamientos de Giner y de sus discípulos, siguen siendo clamorosa actualidad en el día de hoy. En el momento de hoy.

Un hoy que tiene el difícilísimo componente de uno de los temores clarinianos, la *masificación*.

Temor porque la masa hace que el hombre pierda su valor más firme, el de su individualidad, el de su independencia y quizás el de su propia personalidad. Con ella, con la masificación, la acción cultural se hace infinitamente más difícil y el sentido «gregario» se acusa de forma aplastante.

Estamos en la época de la masificación y de la dependencia. Este es el yugo de nuestro tiempo, que paradójicamente cuando los avances de la técnica aparecen como más progresistas, desde el punto de vista de la acción humana jamás ha sido el hombre menos independiente. La humanidad vive a merced del dominio energético. De él depende desarrollo, bienestar, nivel de vida. Pero el hombre individualmente no dispone libremente de la energía, «depende» de un «en-

chufe» que lo conecte con la energía que cubre necesidades «colectivas».

Si alcanzamos la fusión nuclear, una central cubrirá las exigencias de nuestra península y posiblemente también del sur de Francia. Cuando el hombre aparece como más poderoso se hace infinitamente más vulnerable.

¿Y qué hace el hombre «nuevo» que soñaba Giner, que soñaban sus discípulos? Sería interesante estudiar un día cómo ha sido la evolución cultural en el transcurso de este siglo, en estos cien años en que aparecen las «masas», se «rebelan» y en esta rebelión perdemos de vista, ¿un poco?, ¿mucho?, al hombre.

Pero volvamos con nuestro tema. De los testimonios hacia el «magisterio» de Giner en Oviedo, nos falta quizás el que ofrece una perspectiva única. El que se da desde la distancia en el «tiempo». Nos referimos a Posada, que en su obra «Fragmentos de mis memorias», nos da no sólo el recuerdo, sino también la evocación más amorosamente guardada, porque la edad hace justicia en los hechos, destierra toda connotación apasionada y valora en la medida exacta lo que quizás en otros momentos no vemos con la debida claridad.

He dudado mucho en qué hacer con estos «fragmentos» de sus *Fragmentos*, si reproducirlos a pie de página, como nota, o incluirlos en el texto íntegros.

La validez de cuanto en estas líneas expresa Posada, y la realidad del hecho de que de una forma u otra este texto debía incluirlo íntegro, me han inclinado por una cita muy extensa, sí, pero irrenunciable.

El texto de Posada, págs. 219 y ss., dice así:

«NUESTRO» DON FRANCISCO. APOYO ESPIRITUAL

Giner, «nuestro» don Francisco, maestro de los íntimos del «grupo de Oviedo», de Alas, Buylla, Aramburu, Sela, Altamira y Posada, sentía especial interés por la Universidad que, según él, debíamos crear en Oviedo. Coincidían, para

que el esfuerzo resultara eficaz, las circunstancias y condiciones más favorables: así me lo decía el maestro siempre que con él hablaba en Madrid, en los primeros años de mi profesorado. Y tenía razón: Oviedo, una ciudad pequeña en la que una Universidad no podía ser un detalle institucional sino que, por el contrario, tenía que ser una fuerza, un valor más o menos alto, según lo que su profesorado pusiera en ella. En efecto, en mi Oviedo, la Universidad, aún en las épocas de mayor decadencia -v.g. en mis años de estudiante-, pesaba socialmente mucho, impidiendo que el obispo, el cabildo y el seminario ejercieran el natural monopolio de los influjos espirituales con todo lo que la acción eclesiástica y el ejercicio del culto significa, o puede significar, en una ciudad pequeña y sin gran vida industrial. La Universidad, la fundación del inquisidor Valdés Salas, logrará un arraigo profundo en el pueblo, en el alma del pueblo: a la Universidad se debía, sin duda, el tono liberal imperante en Oviedo durante todo el siglo XIX. Aun decaída, la Universidad ofrecía a nuestro grupo de coincidentes el gran apoyo de una tradición universitaria. Nuestro deber era renovar la llama amortiguada y ponernos a tono con los tiempos y con las exigencias de la época, restaurando la vida corporativa y construyendo sobre el cimiento histórico de la tradición desvaída, pero no agotada, una Universidad viva.

Aparte de esto, favorecía la posible y deseada realización de la idea de Giner el hecho positivo de que, tanto los mejores entre los profesores que en Oviedo enseñaban ya, v.g. Estrada y Barrio y Mier, como los del grupo no éramos aves de paso: casi todos éramos de Oviedo, con arraigo en Oviedo y anhelábamos vivir en Oviedo fundando allí el hogar propio.

Afirmo que don Francisco fue nuestro genio inspirador, el consejero paternal y hasta el crítico de fina ironía cuando alguno o algunos de nosotros caíamos en un desliz. Recuerdo que con ocasión de cierta aventura periodística a que Buyla, Sela y yo ingenuamente nos lanzamos, en una carta de la que casualmente conservo copia, don Francisco me decía: «La carta de hoy en «El Liberal» es excelente... sólo siento que a tres catedráticos... tres ¡¡¡educadores!!! se les haya escurrido la pluma para lamentar no poder batirse en duelo con los de «El Siglo Futuro». Si hubiera habido que hacer una barbaridad sería mejor no hablar de ella: no habiendo caso, peor aún. Mil perdones por esta crítica y un cordial abrazo...»

El modesto movimiento que de vuelta de unos viajes a

Inglaterra y a Francia iniciamos en Oviedo, organizando la Extensión o Expansión Universitaria y las Clases Populares en las mismas aulas universitarias, fue objeto de la especial predilección del maestro. «De la Extensión y, en general, de esa Universidad», escribía, «nada puedo decirles a ustedes que no lo supongan. Hay que apretar con los obreros, más que con los burgueses, o más bien con unos y con otros, con todos. Así y todo, todo el personal de las Extensiones juntas del Universo, ¿cuándo rebajarán unos milímetros esta costra que estruja el alma?» En otra carta nos decía: «Vemos con el calor que supondrán ustedes cómo marcha la Extensión. No será Oviedo de las universidades suprimidas, pero no por esta causa, ¡naturalmente! No creo que debiera suprimirse ninguna: tampoco reorganizarlas, sino limitarse a colocarlas en condiciones de que puedan hacer. El trabajo de raíz y de fondo hay que hacerlo en creaciones nuevas. Pero todo ello es música. ¿A quién le importa?»

Don Francisco veía con especialísima simpatía que en la Universidad ovetense, renaciente, colaborasen con análogo espíritu y desinterés profesores que más o menos militaban en campos políticos tan dispares como el tradicionalismo o carlismo, el liberalismo, el republicanismo o el neutralismo. Hombre esencialmente de paz, pensaba, y así pensábamos los discípulos de Oviedo, que por encima, fuera o más allá de la política, de los políticos y de las creencias, hay amplios, amplísimos campos en los cuales los hombres de buena voluntad pueden trabajar juntos cordial y eficazmente. Este buen espíritu de don Francisco explica que, a veces, estudiasen problemas de Filosofía del Derecho, sentados al pie de la estufa de la sala de la Institución, Giner, Hinojosa (Eduardo), Canseco y Clemente de Diego y que don Francisco tuviera en la más alta estimación al «integrista» Enrique Gil Robles, insigne profesor de Derecho Político en Salamanca. Mi buena amistad con Gil Robles, iniciada por carta, se fortaleció en los almuerzos con que se nos obsequiaba en la Institución Libre de Enseñanza.

Enterado por mí don Francisco de que estudiábamos un plan para realizar, de acuerdo con altas autoridades eclesiásticas, no recuerdo qué labores, nos decía «La gestión de esos profesores del seminario me parece... tan perfecta como a ustedes, hágase o no algo en la práctica. Yo habría preferido que ustedes, que tanto han pensado en esto, se hubiesen adelantado al obispo [que lo era fray Ramón Martínez Vigil].

Si éste se aventura por el camino Ireland, Klein, etc., por poco que sea será muy de alabar y, como ustedes, no podemos menos de creer que hay que ayudarle (bajo las condiciones razonables que ustedes dicen) con toda el alma. Si la cosa se frustra, que no sea nunca por ustedes, cuyo espíritu está siempre abierto a toda obra común de bien, de paz y de cooperación cordial y sincera. Temo que si el proyecto se logra, sea difícil evitar rozamientos y pretensiones abusivas, de vez en cuando, aunque no imposible: pero se podrá vencer y dominar tal vez con elevación, sinceridad, modestia y firmeza. Si surgiesen y no se las dominase, sería cruel el fracaso aunque es probablemente necesario que en toda obra haya fracasos al principio y tentativas frustradas. A la larga, estos mismos ensayos servirán y dejarán algo. Que vea el obispo que ustedes van de buena fe y con toda el alma detrás de él y a obra común, no a luchar, porque se lleve la mejor parte y la mayor masa de gente.»

Pensamos, que el texto que reproducimos expresa muy claramente no sólo la relación entre Oviedo y «Don Francisco», sino notas de su talante, que aclaran muchos aspectos de lo que podríamos llamar con don Ramón Prieto Bances, «supervivencia del espíritu de Oviedo». El «Grupo de Oviedo» era muy medurado. Sí, medurado aun cuando la labor crítica de Clarín pudiera parecer lo contrario. Cuando, efectivamente, los que no eran «medurados» serían los que sufrirían las diatribas de Alas. El final del XIX era una época a fustigar. Y no cabe duda que detrás de la obra de Clarín hay una enorme sensibilidad, una tremenda sensibilidad, que oculta tras una aparente dureza crítica. De esta sensibilidad habla bien a las claras su Discurso de apertura del Curso académico 1890-91 en el que llora la muerte de un alumno, por el que sentía predilección y que colaboraba con Alas tomando taquigráficamente notas de sus clases. Decía así Clarín:

«La idea de este discurso que os leo se ha engendrado al calor, al calor digo, de la tristeza que me causó este verano, la noticia inesperada, dolorosa, de la muerte de García Paz, que estaba siendo, desde lejos, mi colaborador en este trabajo»

y añadía,

«Partidario yo, como varios de mis queridos compañeros, de que nuestra enseñanza sea ante todo una amistad, un lazo espiritual, una corriente de ideas y también de afectos que vaya del profesor al discípulo y vuelva al profesor y jamás se reduzca a un puro mecanismo, cuya única fuerza motriz sea la autoridad cayendo de lo alto...

y podía García Paz ayudar a su maestro, porque ...era inteligente, pensador... y el fruto de sus apuntes iba siéndome de gran provecho..., pero vino la muerte y la última lección me la dio mi discípulo con su silencio...».

Damos esta muestra, académica, porque literarias hay infinitas, de cómo «sentía» Clarín, de cómo era su espíritu sensible a los más entrañables afectos del alma humana.

En estas ideas recoge, asimismo Clarín notas del magisterio gineriano, cuyas reformas pedagógicas tanto habían influido en él y en el «grupo de Oviedo»...

Estas normas que el grupo de Oviedo acepta, que aceptaron los que sin ejercer función docente se formaron en Oviedo, como Pedregal, Azcárate, Pérez de Ayala... dándoles un talante «distinto», y que constituyen un núcleo vital, tenían un substrato que define Altamira con estas palabras (3).

«Lo que sus discípulos (sus discípulos digo, no sus alumnos) han recogido de él y lo que él les daba principalmente era la regla de conducta, que en el conocer se llama método, rigor lógico, espíritu científico, flexibilidad de criterio, y en moral, austeridad, desinterés, pureza, justicia, tolerancia...»

Los que así se consagraron a la nobilísima tarea de entrega a los demás, bien merecen el trato favorable que la historia les dio, que al final siempre hace justicia. La llama, ilusionada de «un hombre mejor», que no limitaba su aspiración a una localización, porque en el fondo y en la forma comparten preocupaciones y aspiraciones con otras luchas paralelas, convierte a lo que Joaquín Costa llamó el «Movi-

(3) Altamira, Rafael, «Giner de los Ríos educador». Valencia, 1915, pág. 12.

miento de Oviedo», en el «Grupo de Oviedo». Algo que por encima de connotaciones personales, de adscripciones políticas, define una preocupación formativa y un quehacer cultural fecundo.

El «grupo» tenía un «corpus», pero aglutinado con él estaban carlistas, liberales, regionalistas, conservadores, republicanos porque lo que se trataba de formar era «un grupo» que trabajase por los más necesitados de cultura, por los menos favorecidos, por quienes se sentían discriminados, y al fin y al cabo ante quienes más fecunda labor podían realizar y debían realizar, y que partían de cero.

Y en este acto generoso de entrega, está integrada nuestra Universidad. Todo un Claustro universitario. Por eso Costa lo llamó «movimiento de Oviedo», por eso Posada lo autodefinió el «grupo» de Oviedo, con un núcleo, sí, pero con una integración total.

A Oviedo le consagró Giner sus mejores afectos, porque en ninguna Universidad del país existió una cohesión mayor en los logros «institucionalistas», aunque no todos, ni mucho menos, lo fueran.

Esta fue verdaderamente la mayor grandeza de Oviedo, el aunar a todos en una responsabilidad colectiva del Claustro, lo que era iniciativa de una parte del mismo.

III

LEOPOLDO ALAS
Y EL «GRUPO DE OVIEDO»

Pero sería injusto que al lado del nombre del maestro, de Giner, no tuviéramos la cita de Alas.

No entro a establecer la relación de mutuas influencias Giner-Oviedo-Alas, pero sí a constatar su existencia.

Para ello utilizaré, una vez más, el testimonio de Posada. Lo hago así porque enlaza con esta tercera parte de mi discurso, en que hago centro de él a Alas, y en su influencia en el «Grupo de Oviedo».

En la página 189 y ss. de su tan citada obra, «Fragmentos...», y que comienza,

«Si mi imaginación de anciano lograra reanimar en el recuerdo...»

En el anciano Posada, aún pervive, viva, con una presencia que bien a las claras muestra su recuerdo, su admiración hacia Alas. Bastaría esto para dar y dejar constancia de lo intenso de la influencia de Clarín en las personas de su generación y que compartieron con él magisterio y preocupaciones.

Pero sigamos a Posada precisamente en conexión con los puntos suspensivos que acabamos de señalar.

«Tendría que reflejar en casi todos sus párrafos, aún sin proponérselo de un modo especial y sin hacer labor de cronista, el *influjo* de Leopoldo Alas, influjo excepcional de aquel su genio profundo y generoso, que se derramaba o ejercía, no sólo sobre sus íntimos, sino en el «medio vetus-

tense»: en la Universidad, a través de la Universidad y fuera de la Universidad.

Me atrevería a afirmar que Oviedo –el que yo gocé y sufrí– desde el año 1883 al 1901 en que Leopoldo se nos muere, fue en cierto modo, en lo intelectual y en lo social, EL OVIEDO DE CLARIN.

Clarín que despertó los entusiasmos de estudiantes y de toda laya de gentes más o menos aficionadas a las cosas del espíritu, pero concitó los odios, callados o acobardados, de tantos fracasados o envidiosos y en ciertas zonas los celos –explicables celos– de quienes creían en peligro su cómoda hegemonía moral, por la acción e influjo de un rival como Alas, más temible, precisamente porque no era, no digamos que un ateo, sino ni siquiera un librepensador, y menos un indiferente o un escéptico. Alas era, por el contrario, un espiritualista, un idealista, un alma profundamente religiosa y en sus horas de elevación, desde esta o aquella tribuna, un místico al que escuchaban, con expresivo entusiasmo, señoras asiduas a triduos y novenas.

Leopoldo Alas tenía, sin duda, fuertísimo arraigo en nuestra «verde Asturias», fuente cristalina de sus más bellas y más sentidas y conmovedoras creaciones literarias, pero nunca hizo labor de regionalismo estético, v.g. a la manera de su gran amigo Pereda. Su alma prócer, de un dinamismo inagotable, influía en el proceso del pensar y del sentir generales.

Los que nos esforzábamos, al recibir sus enseñanzas, por interpretarlo y comprenderlo percibíamos la serenidad con que de «Alas adentro» se contemplaban y penetraban los misterios del más allá, y se procuraba saciar la sed de Dios, forma mística, en su filosofía de lo «inefable», de la sed de lo infinito. Alas volcado *hacia arriba* –de «Alas arriba», diríamos– jamás volvía la espalda a ningún problema, para él dolor o goce, de la existencia del hombre que ha logrado la plenitud de su ser racional. Alas sentía, con hondo sentir de pensador filósofo, lo que contemplaba y expresaba con emoción de artista. La literatura no era para Alas eso, literatura, sino una manera sustantiva de vivir y gozar y hacer gozar la belleza. En mis paseos con Alas, en mis conversaciones con él, en la intimidad dichosa con aquel espíritu superior, robusteciéronse mi vocación y fortificáronse las inclinaciones íntimas, quizá espontáneas, que me habían conducido a la cátedra y que pusieron en mi mano una pluma... Lector incansable Leopoldo,

lector de clásicos y modernos y novísimos, estimulaba y satisfacía mi curiosidad... mis ansias, comentándome, ya en su casa, ya en nuestros paseos, el libro o el artículo que leía o leyera en aquellos días. Y no pocas veces nos entreteníamos en nuestras conversaciones hablando de las labores de la cátedra, de sus preocupaciones metafísicas, o bien refiriéndome alguno de sus proyectos y planes, cuando no me confiaba de qué modo se iba urdiendo esta novela o aquel cuento que tenía en el telar. Así, así me enteré, nos enteramos Aramburu y yo, de la génesis de *La Regenta*.

Y no insisto: como acabo de indicar, mi amistad con Alas y el influjo de su labor, que alcanzaba entonces la plenitud, surgirán espontánea, necesariamente, en estas *Memorias* al recordar los días de Oviedo que no habrían sido en *mí* ni para *mí* como en realidad fueron si no hubiera tenido la fortuna de vivir tan íntima y tan constantemente la vida de Leopoldo. No, no hay por qué disimular ni atenuar el influjo, a mi ver renovador y estimulante, de acción inquietadora o tranquila según los días y los temas, de Alas maestro, escritor y «deambulante» por no decir «peripatético». En estos mis recuerdos quisiera definir y dibujar con fidelidad los rasgos y la enjundia de su personalidad, una de las más fuertes, vigorosas y originales de la noble España que comenzaba a sacudir su triste decadencia y a remontar, con paso firme —bien se ha visto—, la pina cuesta de su ansiado renacer.»

La cita ha sido nuevamente extensa. Como lo fue la de Giner. Pero ha pesado en mí, y renuevo la justificación de hacerlo, por ser un testimonio de primera mano, de quien siente, a los *cuarenta años* de la muerte de Alas, tan vivo y fuerte su influjo y no podría yo sustituir con apreciaciones personales, lo que estas *Memorias* de Posada ofrecen.

Ha sido una fortuna para todos a los que nos preocupa esta época de España y de la Universidad ovetense, el poder contar con un relator de tan fuerte personalidad y que tanto ha significado en la vida española, y que nos haya podido hacer la historia de su época ovetense.

Porque Posada también tiene otra historia, diríamos una segunda parte, en que con Buylla inicia la lucha por la reforma social española, historia que también me apasiona y quisiera estudiar con algún detalle.

Y ahí quedan en estas líneas las influencias que tuvo un plantel de profesores Universitarios, que constituyeron una *actividad* que Costa llamó *movimiento* y que convirtió a dichos profesores en «*grupo*».

Supieron estar unidos y luchar en defensa de los principios morales, de austeridad, desinterés, pureza, justicia y tolerancia, por unos valores que debían ser inmanentes a la condición humana y que, por no serlo, nuestro «*grupo*», como otros muchos, siempre minoritarios, aspiraban a lograr como una meta social.

* * *

De cuanto llevamos examinado claramente se deducen las dos influencias dominantes en la Universidad ovetense: la krausista y la de don Francisco Giner. Después, Alas.

Con relación al krausismo es Posada quien más abiertamente se declara dentro de esta doctrina y la defiende con más fuerza.

Pero es también Posada quien más expresivamente se refiere a Giner, a quien llama «*nuestro*».

Si Buylla, Alas y Posada, son del «*grupo*» los que primero toman contacto con Giner y a través de él con el krausismo, aunque, como es lógico no desconocieran la doctrina introducida en España por Sanz del Río, se debe fundamentalmente a ellos el clima de pensamiento de nuestra Universidad.

Pero sería injusto si no citara a dos profesores que colaboraron intensamente en la labor, llamémosla «*institucional*», de «*Oviedo*»: son don Aniceto Sela y don Rafael Altamira.

Altamira porque había trabajado en Madrid en el seno de la Institución y directamente con don Francisco Giner.

Sela ya está muy integrado en la I.L. de E. cuando ingresa como Catedrático en Valencia en 1888, que natural-

mente se hace mucho más efectiva su labor, como tal, cuando se incorpora en 1891 a la Universidad de Oviedo.

Honestamente entiendo que quien más poderosamente influyó en el «grupo» —dentro del mismo y *desde Oviedo*— fue Clarín.

A través de cuantos escritos se refieren a él, el testimonio de sus colegas y de sus alumnos, conceden al maestro Alas un fuerte poder carismático.

Yo entiendo que el peculiar carácter que la obra de Oviedo alcanza y que pondera tanto Giner, tiene personalidad propia y carácter peculiar que responde a iniciativa y desarrollo estrictamente del «grupo». Son sus miembros los que luego llevan al «BILE» sus experiencias y son dentro de este Boletín quienes manifiestan un mayor conocimiento de cuanto en el terreno pedagógico y cultural sucede en el mundo. Buylla y Alas, entiendo que representan, con Posada, el núcleo de mayor independencia. Y si ellos la tuvieron, entiendo que la tuvo nuestra Universidad.

En esta parte final de mi trabajo es esto, precisamente, lo que pretendo exponer, una vez analizadas las relaciones con el krausismo y con Giner: las ideas de Clarín sobre la circunstancia española y la «respuesta» de sus colegas ovetenses. En otros términos cual fue su «pensamiento», diríamos su ideología, la que hizo posible todo un magnífico quehacer, del que ya tanto se ha escrito.

Logró imbuirlos de una «filosofía» que en realidad los acompañaría toda la vida, pero bajo ese tono de independencia que caracteriza todo su quehacer. Si hemos limitado a tres profesores el análisis de aspectos de su pensamiento, sería injusto pensar que concretamos en ellos todo el quehacer que se llegó a alcanzar en nuestra Universidad. Pero a «los tres» se debe el clima que lo hizo posible. Pero debemos también referirnos a Sela y a Altamira.

Resulta ciertamente destacable que sea de Sela y Altamira de quienes proviene no la idea, pero sí la declaración de propósitos decisivos en su Universidad. Altamira en la aper-

tura de curso del primer año que se incorpora a Oviedo propone la creación de la Extensión Universitaria.

Antes que Altamira, se había referido a esta experiencia Sela. Pero la propuesta de Sela no encuentra el eco que encontraría en Alas cuando la formula Altamira, que la hace suya y le lleva a proponer su puesta en marcha en la primera Junta de Facultad de aquel Curso.

El porqué procedió así Alas puede encontrar una posible justificación en la crisis que sufrió su amistad con Sela y que nos relata Posada en sus memorias. Ignora el tema propuesto por Sela, abandera la idea cuando la respalda Altamira. Pero lo cierto es, que el conocimiento de esta experiencia en Oxford llega a Oviedo a través del viaje que con Giner y Cossío realizan Posada y Buylla.

Y Posada y Buylla habían analizado en Francia, la actividad de las Universidades populares.

Y Extensión Universitaria y Universidad Popular son las innovaciones que asume la Universidad ovetense.

Se trata de una experiencia que realizan unos mismos educadores, los que son convocados para esta misión por la propia Universidad, que no se limita al propio profesorado universitario. Lo que caracteriza la acción cultural se define por la *localización* y por el *destinatario*.

Por la localización, llamando *extensión* a lo que se haría «fuera» de la Universidad, en localidades distintas de donde radica ésta.

Universidad Popular cuando el profesorado se enfrenta con un oyente que no sigue la «curricula» de una Licenciatura. Es decir, persiguen una finalidad de enriquecimiento cultural. Esto, en uno y otro caso, es lo que define al *destinatario* de esta actividad.

Ahora bien, ¿por qué siente la Universidad la demanda popular de una mayor cultura? ¿Qué motiva la actitud universitaria?

Son varias las posibles respuestas.

En primer lugar hay que analizar el momento.

- La pérdida de las Colonias produce una pérdida del pulso nacional.

- La Universidad de Oviedo da la primera voz de aliento en el famoso discurso de Altamira que aprovecha la coyuntura para hacer sonar una voz de alarma y de esperanza.

La oportunidad del momento y la necesidad del gesto no es desaprovechada ni por Altamira ni, naturalmente, por la Universidad.

En segundo lugar hay que analizar no ya la raíz del problema sino encontrar las bases de un resurgir. Los sujetos que inevitablemente tienen que ser el motivo de toda recuperación nacional.

Los universitarios ovetenses no olvidan el mensaje de Giner «*El Hombre Nuevo*».

Pero el hombre, ¿cómo?, ¿dónde? Este es el problema que se plantean.

El XIX, es un siglo tremendo, que comienza con unas esperanzadoras jornadas de responsabilidad nacional en Cádiz, pero defendiendo en definitiva a un Rey que es un compendio de indignidades y en cuya defensa el pueblo llega a gritar ¡vivan las «caenas»!

Este siglo va a terminar con la liquidación de las colonias, con una estructura social que no es la que debía corresponder en esa época. Que no conecta en absoluto con su momento, con los países de los que debía su «partner».

Una industrialización deficiente y muy tardía. Para lo que no existía capital, ni estructura adecuada para su instrumentalización positiva. Sin burguesía en el sentido que fuese instrumento de fomentar, de constituir un elemento activo del proceso empresarial y que pudiera cuadyuvar a un desarrollo económico mínimamente armónico.

Y en el fondo del saco de este desalentador panorama, una masa proletaria y campesina, ignorante, atrasada y mise-

rable en la más auténtica y sincera expresión de una realidad, una sociedad, en definitiva «DISOCIADA» (1)

Y la Universidad sin abandonar la función que le es propia, asume una responsabilidad de *servicio*. Quiere atender a aquella parte de la sociedad que más necesitada está de ayuda.

Hace cien años la Universidad ovetense estaba «fuera de su tiempo», se habían adelantado a la hora de España. Querían sintonizar «nuestra hora» con la de Europa. De ella nos separaba no los Pirineos sino la ignorancia, el atraso técnico y cultural.

Ante este panorama, cómo no iba a brillar con luz propia la Universidad de Oviedo, que iluminó aquel panorama tan poco alentador.

Y se puso el acento en aquel sector que indiscutiblemente precisaba más acusadamente de esta ayuda.

Cumplían de una forma nueva en España e *independientes* en su mecanismo de la propia Institución Libre de Enseñanza, mantenían vivo el magisterio, el consejo, la admonición a veces, el elogio en otras, del maestro Giner. Pero las ideas y cómo se realizaban eran rabiosamente originales en

(1) Tomamos esta cita de la obra de Lissorgues, pág. LXXV:

«Nunca ya se resignarán los pobres a recibir como limosna lo que reclaman con justicia» (*La lucha de clases*, 153, 4-IX-1897). Por su parte Azorín notaba en 1895: «El pueblo comprende ya a estas horas perfectamente lo que sería una república o a lo menos una república unitaria [...] El obrero ha perdido la fe en el Presidente -rey electivo cada tantos años- y al perderla la ha perdido en todo aparato gubernamental. El socialismo, ha ganado pues terreno, lo gana de día en día» (*Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1947, tomo I, p. 199).

En realidad, esta desconfianza que se afirma en la última década del siglo, debía de latir en el proletariado más consciente desde hacía mucho tiempo, como prueba la siguiente cita sacada de *La Emancipación* del 17-VII-1871: «Desengañense los burgueses, altos y bajos, liberales y absolutistas, monárquicos y republicanos, el pueblo les conoce ya y no quiere ni espera nada de ellos. Sabe que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». (Citado por Valeriano Bozal, *La ilustración gráfica del siglo XIX en España*, Alberto Corazón, Madrid, 1979, p. 116).

cuanto a su expresión. La misma Junta de ampliación de Estudios es una idea de Alas. Y hasta tal punto tuvo influencia en este campo Oviedo, que los discípulos más caracterizados de la Institución fueron enviados desde nuestra Universidad al extranjero.

Fue algo distinto, pero nada distante de la ideología de Giner, y de la influencia de su magisterio.

De él se sienten unidos en doctrina, ejemplo y orientación, los universitarios ovetenses. Pero como siempre decía Clarín, «INDEPENDIENTES».

Vivieron, decíamos, fuera de su tiempo. Desearon e intentaron cambiar, adelantar la hora de su patria, se entregaron a los que más los necesitaban. Se entregaron ilusionadamente, con la pasión que los hombres buenos ponen en las causas que consideran justas.

Buylla así lo declaró solemnemente, y también lo declaró solemnemente la Universidad.

Quiero transmitir rigurosamente su declaración de propósito que es una bellísima página de solidaridad humana. Así escribía Adolfo Buylla en el primer volumen de los Anales de la Universidad de Oviedo (págs. 34-35).

«No se limita la Universidad a *predicar*: practica también. Entendiendo que si la acción social se ejerce con el consejo, mejor se efectúa con el ejemplo, hace bastantes años que se ha comprometido en una empresa que produce resultados beneficiosísimos para la salud y la integral educación de los niños y contribuye a avivar la solidaridad entre los hombres de todas las clases sociales. Nos referimos a la fundación del filántropo pastor protestante suizo el venerable Mr. Bion, a las colonias escolares formadas hasta el penúltimo verano por alumnos de las escuelas de Oviedo y desde el último también por los pertenecientes a los concejos de Laviana y Langreo, que, conveniente equipados, disfrutaban gratis, durante un mes, de la estancia a orillas del mar. Se estudian los medios de extender este beneficio al mayor número de niños posible y de llevar también colonias a los lugares más montañosos de la provincia.

Asimismo se propone la Universidad, siempre ansiosa de contribuir por todos los medios a la elevación moral del

pueblo, insistir en la campaña emprendida por los elementos sanos del pasado para disminuir la criminalidad, en la que entra como factor importantísimo, desdichadamente, el alcoholismo. A este efecto ha introducido en sus conferencias de *Extensión universitaria* lecciones de higiene, de moralidad, y algunas en especial dedicadas a combatir aquel horrible vicio que tantos estragos produce, sobre todo en las clases llamadas desheredadas de la fortuna; y, por fin, poniéndose francamente al servicio de la causa protectora de los obreros, se consagrará a su defensa ante las autoridades administrativas y judiciales en cuantos asuntos se rocen con las leyes de accidentes del trabajo, reguladora del de las mujeres y los niños y las demás que se promulguen para responder a la política de auxilio de los menesterosos.»

Esta era la declaración de intenciones. Pero por deformación de técnica pedagógica que es repetir el acento en aquello que queremos destacar, quisiera que esta parte de mi discurso tuviera como finalidad concretar el aspecto que más me interesa: intentar conocer el trasfondo, la motivación que hay detrás de los hechos.

El interés por el hombre, el humanismo liberal que abandera Clarín en España, es algo natural y lógico en su persona por su formación intelectual, amplia cultura e increíble sensibilidad.

Y nos interesa, en tanto en cuanto Clarín va de la idea a la acción, del pensamiento a la preocupación activa.

¿Activa? y, ¿cómo activa?

Pués, como Clarín decía, con el ejercicio de la pluma y de la palabra.

Fustigando, a veces desesperada, ásperamente, a «su» sociedad, a su «clase social», «su», entrecomillamos, porque era en la que vivía Alas.

Qué es «La Regenta» otra cosa que una clamorosa denuncia. Cada uno verá muchos aspectos en «La Regenta», yo personalmente siento en «La Regenta» una áspera, trágica exposición del retrato sin concesiones de un momento, localizado en tiempo y lugar, pero al fin y al cabo de una ciudad española.

Contadamente hay reconocimiento de pureza espiritual.

Pondríamos como ejemplo, el de Ana Ozores ante el Tenorio, porque Ana expresa aquí lo que sentía don Leopoldo.

Mientras Alas examinaba «la sociedad» en su conjunto y don Fermín de Pas pasaba de largo con su catalejo sobre la parte miserable de la ciudad, Buylla dirigiría a ella a sus alumnos para que dejaran constancia en «ellos mismos» y el trabajo de seminario de la cátedra de Economía y del Instituto como viva *parte* del vecindario de Vetusta. El mundo del trabajo.

Clarín ejercía, ejerció una influencia que la comprobaron con mayor claridad que la que podían suponer los que de ella disfrutaban.

El humanismo clariniano que tan de manifiesto destaca en todas las obras de Alas, tenía que decantarse inevitablemente.

Hay, por otra parte, en Clarín una evolución hacia una mayor ternura, que parece seguir un signo y expresión tanto más acusada cuanto más declina su salud.

Clarín comienza su vida activa en un ambiente vociferante, ingenuamente vociferante, de un grupo que se decía revolucionario republicano. Constituye esta etapa un entrañable recuerdo para Alas.

El poso que el magisterio Gineriano ejerce en Clarín, va precisando en idea de pensamiento y su acción. El sabe y es consciente que quien goza de un nivel de preparación, tiene una obligación social.

«Los mejores, tienen *cura de almas*».

Clarín es testigo de un tránsito fundamental de la sociedad española.

Este tránsito tiene dos caras diferentes: la del «pensador» académico que asume *su responsabilidad*. Es decir, fundamentalmente la posición de los hombres de «Giner». La otra cara, tiene otro matiz, es el mundo obrero que nace a la vida nacional como una gran fuerza potencial. Fuerza que se genera dentro de sí misma, se autogenera, porque ninguna de las «fuerzas» sociales preexistentes saben encauzar este potencial nuevo, que a través de querer reconocerla por canales

estrechos, insuficientes, motivan su desbordamiento. Y cuanto más insuficiente fue, en los distintos países, *su canal* y se hizo más fuerte la *corriente*, más desoladora fue la «inundación».

Este movimiento inicial de masas, que parte del slogan «*proletarios [...] uníos*», toma cuerpo prácticamente en la mitad del siglo.

Pero hay otro acontecimiento que no debemos olvidar como conmoción. El 1870 en Francia. «La Comunna».

En esta, hay violencia, en el movimiento obrero marxista veían los liberales amenaza.

Hay muchos pasajes de Clarín que *condenan la violencia y expresan inequívocamente el miedo*, y que evidencian su sentido de responsabilidad ante un clima socio-económico que rechaza y ante la violencia que repudia. Clarín lucha denodadamente con sus pensamientos y con sus sentimientos. Diríamos en términos coloquiales corazón y cabeza se enfrentan.

En la introducción de don Leopoldo a la obra de Tomás Carlyle «Los Héroes...» publicada en castellano en 1893, escribe, refiriéndose al autor.

«veía, que en el triunfo político y social ya innegable de las multitudes había peligro, había males ya presuntos para intereses muy claros de la humanidad...»

Era consciente que esta irrupción de las multitudes se debía, según Clarín, a estos exclusivismos.

- la reacción teocrática, y
- el utilitarismo burgués

a los que se unía este nuevo exclusivismo

- la ideología colectivista, marxista o anarquista.

Clarín había visto con claridad cómo surgía esta *Fuerza* en España. En España había, desde los años 70 (recordamos la influencia del 1870 francés) grupos marxistas y anarquistas. Grupos que se disocian en el Congreso de 1881 en Barcelona.

El grupo marxista va a constituirse en Partido en 1888, cristalizando en el P.S.E. y en la U.G.T.

Estos, quieren hacer pública y pacífica demostración de fuerza en 1890 celebrando las primeras manifestaciones del *Primero de Mayo*.

Clarín que clamaba contra el rechazo «clasista» de burgués que recibía de los socialistas, con una clasificación social muy radical, declaraba que, evidentemente, se sentía extraño como «obrerista» y tanto o más extraño como «burgués». Una vez más el radicalismo español, pontificador y dogmático, golpeaba a un hombre superior que buscaba un equilibrio que nuestro pueblo había perdido desde hacía siglos. Pero Clarín temía los excesos, le aterrorizaba la violencia.

Su repulsa del anarquismo es absoluta:

«El anarquismo de escalera abajo, brutal,»... resurrección social por el fuego, la sangre, el exterminio.

(«El Herald», 20-8-1897)

El anarquismo violento, el que comete atentados, llama salvación al crimen.

(...LXXVII)

Con relación al partido socialista tiene una notable evolución.

Siempre, desde un profundo respeto al mundo obrero y un profundo desprecio hacia ciertos políticos logreros del socialismo.

esos «filósofos libertarios» que engañan al pueblo, ofreciéndoles como «resueltos con pasmosa facilidad los más arduos problemas religiosos, económicos, políticos y hasta científicos».

Las relaciones de Alas con el partido socialista han sido estudiadas por Pérez de la Dehesa «El grupo germinal: una clave del 98» (2). Pero es necesario detenernos en algunos aspectos de su fortuna, es decir:

desprecio por los «socialistas de levita», que [escribe] desprecian «los derechos del hombre, los derechos que proclamó la

(2) Pérez de la Dehesa. Taurus, Madrid 1970.

Revolución y despreciarlos en nombre de la causa del pueblo».

Pero esta postura de Clarín la llegan a admitir en el propio partido socialista, que denominan «gentecilla» a los que constituyen un grupo de oportunistas.

Clarín llega a afirmar que en la defensa del mundo obrero los socialistas,

«deben tener más confianza en esta clase de aliados que en los adeptos poco sinceros que de la *burguesía* quieran pasarse a su campo».

Este párrafo corresponde a un artículo de Alas escrito con motivo del primero de mayo de 1899 y publicado en «El Socialista». Con la misma fecha y en «La lucha de clases» publica otro artículo que más bien resulta una admonición, lo titula «Santa Bárbara». Sobre estos dos artículos queremos hacer nuestro comentario (artículos que reproducimos íntegros como apéndice).

Creemos que en ellos se expone, claramente, la posición que venimos analizando de Clarín, que al fin y al cabo es la que define la posición de los universitarios ovetenses, al «grupo» de Oviedo».

Cuanto titula su artículo en «La lucha de clases», *Santa Bárbara*, es por la razón del temor a una *fuerza* que surge en el panorama social español.

Veamos sus palabras:

«las clases acomodadas no suelen acordarse de que existe la cuestión social, de que los pobres tienen hambre de pan y de justicia, hasta que truena».

y la frase que a continuación expresa el pensamiento claríniano hace mención de este *temor* a que nos hemos venido refiriendo. Dice así:

«hasta que truena, hasta que estallan bombas, o incendios o regicidios».

La mente de Clarín sigue en la preocupación de lo que para un humanista liberal, como él, es fundamental:

- *el reconocimiento de los derechos inalienables de los hombres,*

«los obreros también son hijos de Dios»...

- *el temor a la violencia,*

«estallan bombas, o incendios o regicidios»

- *la declaración de que las peticiones de «aquel» primero de mayo, son justas, por lo que no constituye más que, «un día de Santa Bárbara... sin truenos»*

- *Establece una diferenciación, dentro de una afinidad que radica no en los fines sino en los medios.*

«No somos *unos*, pero somos *afines*. *Obreros todos*, amantes de los explotados, de los humildes, de los pobres, *perseguimos el mismo fin*, aunque *no siempre* por los mismos *medios*».

Clarín, declara:

«estudio la vida intelectual contemporánea de mi pueblo, con el propósito crítico de contribuir en la corta medida de mis fuerzas al progreso moral de mi país».

Insiste Clarín, de una manera constante en su preocupación ante posibles «actitudes de fuerza», por ejemplo, uno más, cuando tomando el pensamiento de Spencer escribe en «La Unión» (14-9-78).

«ninguna *clase* puede ejercer mayor autoridad que las otras sin violar la Ley».

Clarín que teme y condena la violencia, bien sabe también que ésta no sólo nace de acciones, de violencia física, hay otras clases de violencias que Clarín denuncia:

«Supongamos que las reclamaciones de la clase obrera pidiendo en nombre de ideas erróneas menos horas de trabajo, uniformidad industrial, etc., etc., cunden no por apasionamiento sólo, sino por falta de cultura, de conocimientos positivos, ordenados en las clases pobres, ¿qué mejor ejemplo de lo que importa para los *intereses materiales* la educación del pueblo? O al revés, supongamos que terribles evoluciones, catástrofes económicas o marasmo industrial y pánico mercantil se nos echan encima por empeñarse el *burgués* egoísta en que sea ley económica su ignorancia, cortesana de su avaricia; ¿qué mejor ejemplo de lo que importa, aun para

el *pedazo de pan* que necesita cada uno, que la nación se eduque en el arte difícil de vivir a la moderna, con libertad y propia iniciativa política y económica?

Sí, para que esos benditos intereses materiales prosperen como deben, como indispensables medios para la digna vida humana, y como eterna manzana de discordia entre instintos bajos, groseros, atávicos de unas y otras clases es necesario *idealizar* la vida de ricos y pobres; que si bien se mira, no menos peligrosa y formidable que la ignorancia de la plebe es la obcecación interesada, cerrazón moral y estética de la inmensa mayoría de los burgueses, en efecto, porque viven *encastillados* en sus rutinas, en sus recelos, en su egoísmo y en el hábito pernicioso de imaginar y *soñar* mucho menos de lo que se necesita para que la sociedad no se convierta en mar muerto, en agua parada, que pronto se pudre.

Y ¿qué es *idealizar* la vida? Pues dar más fuerza al pensamiento, dejarle espacio, movimiento, pero bien conducido, no sólo para que se eleve el nivel moral y estético, sino aún para que se aguce el discurso al aplicar el espíritu a la misma vida política y económica. Y todo eso se consigue con la educación...»

«La correspondencia de España»
9 julio 1892

Este *humanismo* le hace combatir el *colectivismo*. Para Clarín *lo primero*, radica en el valor de lo individual, ya que entiende que es *absurdo* pretender cambiar al mundo sin alcanzar primero la mejora del *hombre*.

Así escribía en 1897 en «El Herald».

«Lo utópico es meterse a mejorar el mundo sin procurar antes la mejora interior, sin reformarnos nosotros mismos».

Ya en 1890 este miedo a una fuerza que carece de valores individuales, porque el nivel de cultura es ínfimo, esta acción sobre y de las masas le asusta. Así escribía

El movimiento actual socialista a pesar de sus *apariencias pacíficas* encierra acaso *más amenazas que ciertas convulsiones* de otros tiempos.

No es necesario recordar que la «fuerza» que aglutinaba al mundo obrero que en aquella época se constituía en «actor» en la vida española, era el partido socialista.

La óptica de «Clarín» tenía, como primera vivencia, lo que «hacían y sentían» los socialistas asturianos. Vamos a encuadrar su posición dentro de las dos variables fundamentales clarinianas: la educativa y la moral.

A través de Vigil, un olvidado líder asturiano, se instrumentaliza una colaboración Universidad-mundo obrero. A través, claro está, de la Universidad Popular y de la Extensión Universitaria. Del impacto que recibió Clarín de esta experiencia publicamos un artículo como anexo.

Pero había un cierto distanciamiento en cuanto a la valoración de la cultura como medio de alcanzar la solución del problema social.

No discuten los socialistas la bondad del método:

El partido Socialista estaba consciente de la necesidad de educar al pueblo trabajador: «El porvenir es de las multitudes, sí; pero de las multitudes reflexivas, educadas, que saben lo que quieren y adónde van». (*La Lucha...*, 206, 17-IX-1898). El Partido ya había emprendido, con medios limitados, la labor educadora de las masas, y buen ejemplo de ello fue el Círculo Obrero de Oviedo (3), antes de que naciera la Extensión Universitaria, cuyas clases, sin embargo, supieron aprovechar los obreros con agradecimiento. («Deseamos que se generalicen estas conferencias para bien de la cultura española», *La Lucha...*, 281, 24-II-1900) (4).

Pero su pragmatismo, ante la inmediatez de los problemas les obliga a buscar otros medios y otros *métodos* para resolver aquellas cuestiones. Aquellas situaciones dolorosísimas que no admiten demora.

Lissorgues reproduce algunos párrafos de un artículo publicado en *La lucha de clases* (12-XI-1898) que es clarificador.

«La cuestión social es una cuestión de moralidad individual, y tendría una solución sublime si pudiese modificar de pronto el sentido moral de los individuos, de modo que, sin presión exterior, surgiese en su conciencia el deseo de esta-

(3) y (4) Yván Lissorgues, «Clarín político», Universidad de Toulouse. *Le Mirail*. 1981, t. II, pág. 272.

blecer la equidad en la distribución de las riquezas. Si el espíritu evangélico tuviese realmente arraigo en nuestra sociedad, no habría cuestión social [...].

Mas la solución de la cuestión social para (*sic.*) [por] la transformación de la moral individual es ciertamente una utopía, una realidad de un porvenir remoto, no es una solución para el presente, pues la cuestión social es demasiado apremiante para aplazarla hasta que el progreso moral la resuelva. Este bello idealismo respecto del porvenir de la humanidad es menguado alimento para los que tienen hambre de pan y sed de justicia, quienes necesitan algo más concreto e inmediato».

Es algo dirigido a Clarín, indiscutiblemente. Pero no están en desacuerdo en cuanto a los valores. Únicamente en que la situación es apremiante y la miseria no puede esperar. El mensaje de Clarín no es baldío.

En multitud de artículos, libros, discursos, esta idea que tanto «atormenta» a Clarín, es reiterada por miembros de su «grupo»: evitar toda violencia, educar, educar, educar... Desde Sela, que introduce ideas nuevas, que hoy son actuales y que entonces podían ser calificadas de frívolas porque veía no sólo en la cultura el sistema de auténtica «libertad» del hombre, sino porque entendía que la enseñanza, la educación no se «terminaba» ni podía «limitarse» a las propias aulas. Valoraba muchas cosas más.

Testimonios de Posada: queremos reproducir solamente dos:

«la felicidad del obrero no la encontrará en el cambio de la condición exterior, ni en librarse del trabajo, ni en la lucha por alcanzar un rango distinto más elevado, ni en el goce del poder político: está en otra cosa mucho más profunda y más grande: *en la elevación interior del alma. Ideas pedagógicas*, pág. 334.

«...la cuestión social, o la cuestión obrera, o como quiera llamarse, ¿qué es en el fondo más que un problema de educación? ¿Cómo, en efecto, regular jurídicamente las relaciones humanas de suerte que el orden reine, y cada cual ocupe el lugar que su historia, sus aptitudes y sus facultades le asignan, sin sacar al hombre de la barbarie, sin inculcar en su alma los principios de justicia, de caridad, de amor, sin for-

mar su espíritu en el ideal? (*Ideas pedagógicas modernas*, Victoriano Suárez, Madrid, 1892, págs. 328-329).

«Por consiguiente, la ignorancia en que se deja vivir a las clases trabajadoras, contribuye a la «formación de esas agrupaciones, que suelen llamarse partidos obreros, con programas egoístas y disolventes» (A. Posada, *o. cit.*, XXX, p. 341).

De Altamira podemos reproducir una cita en la que si bien se refiere a Clarín, en realidad es expresión, también de su propio pensamiento:

«...Clarín que daba limosna, no limitaba a esto la caridad, y antes bien se preocupaba, sobre todo, por aspectos *intelectuales* de esa virtud, reaccionando contra el olvido en que suelen poner «el materialismo histórico» y otros sensualismos de nuestra época. Por eso combatió tan reciamente a muchos socialistas y clamó por la limosna espiritual, enalteciendo las necesidades ideales de los proletarios» (5).

En estos mínimos testimonios, que pueden multiplicarse muy fácilmente, se mantiene la misma constante: todos los horrores que la humanidad tiene como secuela histórica y como tremendo presente, entienden que se deben a la falta o, en el mejor (!) de los casos, a *debilidad* de los *valores morales*.

En ello basa Clarín sin duda alguna *su filosofía moral*.

La responsabilidad, como ya dejamos señalado, corresponde a los mejores de conducir a la humanidad *hacia el bien*.

Si examinamos cuál ha sido el comportamiento de la Universidad ovetense, cuál ha sido la trayectoria de sus hombres, bien entenderemos cuál ha sido la influencia de Clarín y cuál fue la receptividad de su «mensaje».

Recordemos lo que recogen los *Anales de la Universidad* y a los que ya hemos hecho referencia, y singularmente algo que no ha sido, hasta ahora, suficientemente analizado, el Instituto de Reformas Sociales, que nace después del proyecto del Instituto del Trabajo, las Direcciones Generales que ocuparon en Instrucción Pública los ovetenses y veremos que

(5) Rafael Altamira, «Cosas del día». Valencia 1907.

las directrices clarinianas son claramente seguidas, es decir: el «mundo del trabajo» y la «educación».

Lo que inmediatamente acabamos de señalar tiene lugar después de la muerte de Clarín de forma prácticamente inmediata. De cómo estaba cohexionado el «grupo» es muestra diáfana el hecho de que cuando los «dos Adolfos» son invitados al proyecto de Instituto de Trabajo primero y luego al de Reformas Sociales, no aceptan sin *consultar* a sus colegas ovetenses. Don Francisco Giner *estaba* en Madrid, pero su *grupo* estaba en Oviedo.

La influencia de Giner es indiscutible, pero el «espíritu de Oviedo» era ya tan fuerte como aquella matriz de la que se había nutrido, pero dándole una *personalidad*, la que hizo exclamar al maestro Giner, y que ya quedó apuntada «qué Universidad están haciendo ustedes».

Aquella Universidad de Oviedo vivió en una más de las páginas tremendas de la Historia de España.

La vivió entre el temor y el sentido de la responsabilidad. En un medio que les apoyaba localmente pero que no captaba enteramente lo importante, lo trágicamente importante de su mensaje. Un mensaje que la historia nos muestra que no constituía, además, un problema ni local, ni siquiera nacional, porque la cordura y el humanismo no es alimento que la gente demanda, si no es en la ocasión inmediata de la tragedia.

Eran conscientes de que la imperfección máxima de la creación se materializa en el ser que se autodefine como rey de la creación, como «homo sapiens» pero como no nació perfecto, su perfección está encomendada al propio hombre.

La grandeza de aquellos Profesores estuvo en asumir su responsabilidad de educadores, como decía Clarín «cura de almas». Su servidumbre estaba, en el propio medio en que intentaron realizarla, una Sociedad, la española, que estaba llena de incomprensión, de dogmatismo, de radicalismo y de la más brutal de las ignorancias, la que nace de la vanidad y de la soberbia.

Pero su obra es ya historia y ahí está. Su ejemplo ha sido válido y ahí está.

Y ante todo ello, ante su obra y ante su vida estamos nosotros. La historia dirá si hemos sido simples espectadores o en qué medida alguno de nosotros intentó ser actor en esta obligación permanente de servicio que es en el fondo la más noble y auténtica responsabilidad que asume quien entiende que la enseñanza no es un medio de «vivir», sino una nobilísima forma de «servir». Y servicio es servidumbre, noble servidumbre, de ofrecerse generosamente, cada uno en la medida de sus fuerzas, a las necesidades de los demás.

Así quise yo leer en ese hermoso libro de nuestra Universidad, del que sólo he espigado unas pocas páginas de una época de la que me siento orgulloso como Universitario y como hombre, ante la tarea que un día acometieron aquel «grupo» que pensó que merecía la pena luchar por el *hombre nuevo* con el que el Maestro, Giner de los Ríos, ilusionadamente soñó, y que el «GRUPO DE OVIEDO», bajo el influjo de Leopoldo Alas, quiso hacer realidad.

HE DICHO

APENDICE

Reproducimos tres artículos de Clarín relacionados con cuanto dejamos expuesto en nuestro trabajo. Tomamos los mismos del libro de Yvan Lissorgues con alguna de las notas que en el mismo aparecen.

REVISTA MINIMA

(*La Publicidad*, 7965, 25-XI-1900)

Muy honda impresión produjo en mí, días pasados, la asistencia a una lección que daba mi querido amigo y compañero Aniceto Sela en el salón de sesiones del Centro Obrero ovetense (1).

Creo que llegan a dos mil los socios de este círculo, en que predominan los socialistas. No importan, ni yo conozco bien, los demás fines de esta sociedad, para el objeto que hoy me propongo. Basta saber que esos obreros, socialistas los más, organizados para la defensa colectiva del jornalero, por oficios, con dirección eficaz y vigorosa disciplina, atienden también a la educación e instrucción de sus huestes; y además de servirse unos a otros de maestros, solicitan, corteses, lecciones de otros centros e individualidades; y así, este año, han pedido a la *Extensión universitaria* de Oviedo que sus profesores diesen varias conferencias a los obreros del Centro. Es claro que la Universidad se apresuró a cumplir tan

(1) El dirigente del Partido Socialista, Manuel Vigil, había organizado en el Centro Obrero de Oviedo una sección de enseñanza destinada a la instrucción y educación de los obreros y por la que desfilaron «casi todos los catedráticos y algunas personalidades competentes en especialidades culturales, artísticas o técnicas» (De Andrés Saborit, *Asturias y sus hombres*, Toulouse, 1946).

noble deseo; y hasta ahora ha habido las siguientes lecciones; Buylla (decano de Derecho), la inaugural; Altamira, *Bibliotecas populares*; Urios, profesor de Ciencias, *El Agua*; Sela, *Educación moral*. Invitado a dar la próxima conferencia, quise ir, el miércoles pasado, a estudiar el terreno, a observar, oyendo a Sela, el público a quien tenía yo que hablar a los ocho días.

En un edificio antiguo, en local que creo que fue escuela, se me ofreció un escenario que evocó en mí, con emoción poderosa, los recuerdos de mi juventud republicana, las noches de nuestro club, allá, poco después de la *Gloriosa*. Yo era entonces un niño, pero ya peroraba en aquellas asambleas, con la misma fe que hoy tengo en la causa popular, pero con mayores ilusiones. A primera vista, todo parecía como *aquello*; creía uno estar en el club redivivo.

Un salón largo y estrecho, frío, de paredes desnudas; la pobreza siempre tiene aspecto *protestante*. Poca luz, de petróleo; en un estrado humilde varias mesas, en el centro la del profesor. Todo el espacio lleno por sillas de paja, ninguna vacía; en las paredes inscripciones, que no pude leer, en carteles, y sobre la cabeza del conferenciante el retrato de un anciano, que creo que es Carlos Marx. Como en el Club. Parecen los mismos. No lo son. Los más, son ya hijos de aquéllos. Les han predicado, sin gran ruido, no sé bien dónde, cosas nuevas. No trato ahora de juzgarlas. Observo que oyen a Sela con profunda atención; silenciosos; los más, así como tristes; por lo menos, nada risueños. En el club había más ruido, menos respeto, menor orden; más alegría... menos disciplina.

Terminada la conferencia, estallan estrepitosos aplausos. Después, silencio otra vez. Y, al salir nosotros, muchos, aun sin tratarnos, nos saludan echando mano al sombrero o a la gorra... Cosa nueva para mí. En el club saludaban los conocidos. No sé explicarlo bien; estos socialistas parecen fieles de un nuevo culto, en el que entra por mucho la cortesía. Se ve que tienen una fe común, honda, que los uniforma, pero por libre elección de ellos; son esclavos de una disciplina

voluntaria que deben de creer eficaz para el triunfo de sus propósitos.

Esto no lo había en el *club*; aquello era algo poco firme, inorgánico... Por eso no duró la República. Si el socialismo lleva a ella ese espíritu de organización, de *iglesia*, que recuerda vagamente lo que leemos de los primeros cristianos, la República vencerá de seguro.

Creen en la eficacia de la enseñanza con más ardor, y haciendo más por conseguirla, que nuestros simpáticos obreros del antiguo *club*. Antaño se prefería la discusión, con muchos oradores, y sobre temas políticos de actualidad; estos obreros de hoy han comprendido que la instrucción y la educación moral e intelectual son indispensables para el progreso de su clase y para reivindicar con eficacia los derechos que se les niega en el orden económico y en el orden político.

Tres clases de enseñanza buscan estos honrados jornaleros; en sus periódicos de partido, en sus reuniones y en algunos libros de propaganda creen encontrar -hablo de los socialistas- la que les interesa como creyentes de sus doctrinas sociales y miembros de un partido militante. Además, buscan, los que la necesitan, que son los más, la enseñanza primaria, o por lo menos el mejoramiento de la escasa que ya tienen, y por añadidura la técnica rudimentaria que puede servirles en los respectivos oficios.

Pero hay más. Como ya son hombres, y ciudadanos, que con justicia pretenden influir en la vida pública, reconocen la necesidad de saber algo de tantas y tantas cosas como constituyen lo que se llama la cultura general, que a ellos no les ha explicado nadie.

De esto no les hablan sus apóstoles de partido, ordinariamente y de un modo ordenado y en labor constante, tampoco sus periódicos, que suponen sabidas una porción de cosas de historia, de política, de economía, etc., etc., que el obrero, en efecto, por lo general, no sabe. Tampoco dónde les enseñan a leer, escribir y contar y otras materias, pocas de primeras letras, ni en las escuelas de Artes y Oficios, encuentran alimento para esa clase de necesidades intelectua-

les; y por todo ello, buscan por otro camino esa instrucción general, esa cultura que no debe faltar a ningún ciudadano.

A esta clase de trabajo corresponden las conferencias de nuestra Extensión Universitaria, y otras análogas tareas.

A ellas no va el profesor, ni van los obreros, a discutir el socialismo, sino a tratar, de un modo *neutral*, de cuantos asuntos interesan a un hombre civilizado.

Pero el conferenciante de este género debe tener en cuenta qué clase de lecciones se le piden y se le pueden pedir en tales circunstancias. Acerca de esto, he sabido que acaba de escribir estos días, en el *Heraldo de Madrid* creo, mi amigo el ilustrado y simpático socialista señor Morato (2). Las observaciones, que he visto extractas, me parecen excelentes, y coinciden con lo que yo venía pensando al prepararme a contribuir con mis cortas luces al propósito de los obreros ovetenses.

Por desgracia, y no por culpa de los obreros ciertamente, éstos, por lo común, saben en nuestro país muy poco. ¿Cómo han de saberlo? Se puede contar con su inteligencia de adultos, pero no con una base de conocimientos. Lo más vulgar, lo más corriente, no hay que darlo por sabido. Hay que explicarlo todo, hasta las palabras, en cuanto pueden tener asomos de tecnicismo. Y hay que notar que en nuestros días se usan como del lenguaje familiar muchos vocablos y frases que son técnicos en rigor, y se lo parecerán al que carezca de toda instrucción.

El profesor, en el género de enseñanza de que hablo, debe prescindir, como dice bien Morato, de sí mismo; no pensar en lucirse (en rigor, en esto no debe pensar nunca); debe exponer sin miedo las ideas y las noticias más conocidas, más elementales, más vulgares; pensando, no en los sabios que conocen todo aquello, sino en los pobres obreros

(2) Juan José Morato, en su libro *El Partido Socialista Obrero* publicado en 1917, rindió homenaje a aquellos intelectuales que se habían acercado con simpatía al Partido. (Véase *Introducción*, p. LXXXII).

que pueden no saber nada. Hay que marchar al paso que llevan los últimos, los más atrasados.

Pero yo he pensado que también hay que atender a la clase de asuntos que se deben tratar en casos tales.

Lo general es escoger un tema concreto, muy limitado, que siempre viene a ser un *capítulo de una ciencia*. Esto puede ser útil muchas veces. Pero el obrero que no sabe nada y necesita saber un poco de todo, de todo lo que interesa a la cultura general, adelantará más con que se le explique a grandes rasgos, aunque sea en muy poco tiempo, algo que abarque mucho, que sea una *gran síntesis* ordenada de todo un aspecto de la vida. Con esta clase de lecciones muy generales, *panorámicas*, de conjunto, estará después mejor preparado para esas otras conferencias de *cosas especiales*, fragmentarias, capítulos sueltos de una ciencia.

No le expliquéis, por ejemplo, la historia de un reinado, de un hecho histórico aislado, al que ignora *toda* la historia de la humanidad, al que carece de toda orientación en el tiempo.

Una tarde, en el parque de Oviedo (*El Campo*) oía yo discutir a dos jóvenes armeros (3), sobre si lo de *Napoleón* y el *dos de Mayo* había sido cuando lo de *Covadonga*.

Nadie se ría. La culpa de esta ignorancia no era de ellos. Harto hacían los pobres trabajadores con interesarse por tales cosas de que nadie jamás les había hablado.

Pues bueno. Hay que explicar historia para los que dan, sin saberlo, estos saltos de mil años. Y hay que esperar que como estos obreros están muchos. Y en España ¡cuántos que no son obreros! Una señora, amiga mía, preguntaba si Aníbal había sido artillero. Un señor bachiller me aseguró a mí que Moisés era griego...

Sí; como preparación, debe empezarse en las conferencias para obreros, por grandes síntesis, esas grandes síntesis que tan cursis son en otras partes, en otras ocasiones.

(3) Obreros de la fábrica de armas Santa Bárbara.

Regla: si sois personas de una mediana cultura, no os preparéis (leyendo unos días antes), para esta clase de conferencias generales. Basta, por lo pronto, con que el obrero sepa, ya que no sabe todavía nada, lo que vosotros podéis recordar hablando una hora o dos sobre el asunto, ordenadamente. Lo que se puede hacer desde luego es aprovechar los adelantos últimos de la ciencia correspondiente y no contar antiguallas, que no ocupan menos tiempo que la verdad últimamente adquirida. Por ejemplo: no digáis -como todavía aseguran muchos, cual si fuera evidente- que los Arios de Europa proceden de fijo de las mesetas centrales de Asia. Decid que esto se creyó y que ahora están las opiniones divididas. Ya se me entiende; mis *grandes síntesis* no quieren significar noticias atrasadas. Debe estarse al corriente de los adelantos, pero dejar los detalles. Lo primero es orientar al pobre analfabeto que nos escucha. Contadle, por ejemplo, la historia del cielo estrellado sin más sabiduría que un poco de Flammarion, y habrán sido acaso para el obrero que os oye vuestras palabras una maravillosa revelación, que le impresionará más que cuanto más adelante puede decirle un semi-especialista pretendiendo explicarle a medias las leyes de Keplero...

Clarín

SANTA BARBARA

(*La Lucha de Clases*, I-V-1899)

Una de las razones por que conviene que se celebre el 1.º de Mayo, es la flaca memoria de la llamada *burguesía*.

Dice el refrán que nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena; y las clases acomodadas no suelen acordarse de que existe la cuestión social, de que los pobres tienen hambre de pan y de justicia, hasta que truena, hasta que estallan bombas, o incendios o regicidios.

Pues, bien, el *1.º de Mayo* viene a ser un día de Santa Bárbara... sin truenos.

Es un *memorandum* del acreedor, el obrero, al pagador moroso, el capitalista.

Además, lo que principalmente se pide en el *1.º de Mayo* es algo que puede reconocer, todo hombre justo y caritativo, que es de derecho de caridad.

Confesar que los obreros deben tener tiempo para algo más que sudar en favor de todos nosotros, para educarse, para atender a los suyos, no es más que reconocer que los obreros también son hijos de Dios; lo cual no es ninguna paradoja socialista.

Oviedo, abril 1899, Clarín.

AFINIDADES ELECTIVAS

(*El Socialista*, 1-V-1899)

Con mucho gusto cumplo el deseo de *El Socialista*, enviándole cuatro renglones para el número consagrado a la *Fiesta del 1.º de mayo*.

Esto es para mí un honor, y además contribuye a demostrar el espíritu de noble tolerancia que anima al Partido Obrero.

No somos *unos*, pero somos afines. Obreros todos, amantes de los explotados, de los humildes, de los pobres, perseguimos el mismo fin, aunque no siempre por los mismos medios.

Existen entre nosotros las *afinidades electivas* de que habló el gran Goëthe.

Y opino que los socialistas deben tener mayor confianza en esta clase de aliados que en los adeptos poco sinceros que de la *burguesía* quieran pasarse a su campo, porque acaso empiezan a sospechar que anuncian sus verdores óptima cosecha.

En pro de los obreros mucho pueden hacer unidos los socialistas y los que no lo son, a lo menos en el sentido corriente de la palabra.

Lo que se pide en las famosas reclamaciones del 1.º de mayo pertenece al terreno neutral en que todos podemos entendernos. Por eso no vacilo en asociarme a la gran fiesta de los trabajadores; y con toda sinceridad les digo que deben procurar sostener sin decadencia ni desmayos esa feliz intervención, que podrá asustar a los egoístas de las demás clases, pero en nada ofende a los hombres justos y caritativos.

Clarín